

ÁNGEL FERNÁNDEZ BENÉITEZ



Perdulario
Antología poética
(1978-2013)



Diputación
de Salamanca

PERDULARIO
ANTOLOGÍA POÉTICA
(1978-2013)

ÁNGEL FERNÁNDEZ BENÉITEZ

PERDULARIO
ANTOLOGÍA POÉTICA
(1978-2013)

Diputación de Salamanca
2014

EDICIONES DIPUTACIÓN DE SALAMANCA
SERIE AUTORES SALMANTINOS, N.º 60

1ª Edición: Enero, 2014

© Diputación de Salamanca

© Ángel Fernández Benéitez

Para información e intercambios dirigirse a:

Ediciones Diputación de Salamanca
Área de Cultura. (Publicaciones)
Tfno. 923 293224 – Fax.: 923 293256
e-mail: ediciones@lasalina.es
http: www.lasalina.es

Diseño y maquetación: www.trafotex.com

Ilustración de cubierta: Javier Irao Fernández

I.S.B.N.: 978-84-7797-423-9

Depósito Legal: S. 2-2014

Imprime: Imprenta Provincial

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida total o parcialmente, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea mecánico, eléctrico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso del editor.

EL MANANTIAL DEL DESCONCIERTO: LA IDENTIDAD EN LA POESÍA DE ÁNGEL FERNÁNDEZ BENÉITEZ

El escritor y diplomático español del siglo XVII, Diego de Saavedra Fajardo, con su estilo sentencioso, nos dejó dicho que “quien no duda no puede conocer la verdad”. Quizá sea la duda, esa vacilación del ánimo a la hora de resolver las distintas cuestiones que a diario se nos presentan, esa indeterminación en la elección que nos lleva a otorgar el abrazo a uno de los disfraces con que la realidad se nos muestra, mientras se lo negamos a otro, el motor de arranque que, de una forma más eficaz, pone en marcha la maquinaria del pensamiento. No en vano, señalaba Aristóteles que “la duda es uno de los nombres de la inteligencia”.

Esa duda, que, unas veces, oculta tras una sutil gasa de muselina la verdad que perseguimos, mientras, otras, lo hace tras una gruesa cortina de terciopelo, engañándonos de continuo con sus diferentes apariencias; esa duda, decimos, ha sido, quizá, la razón más poderosa que ha impelido al ser humano en su avance a través de esa enteleguía que llamamos tiempo, la fuente de conocimiento que lo ha llevado de la mano en la investigación de la verdadera naturaleza de su yo.

La duda tiene unos cuantos hijos, unos naturales y otros legítimos (la incertidumbre, la perplejidad, la inseguridad, etc.)

que, de una forma u otra, están relacionados con esa angustia, presente siempre en el ser humano, que le lleva a cuestionarse de continuo sobre la idoneidad de las decisiones a tomar. Uno de los hijos legítimos de la duda, el desconcierto, tiene mucho que ver con el tema que nos convoca: la poesía de Ángel Fernández Benéitez. Como veremos más adelante, el desconcierto, concretado como el desorden de lo que no está concluso (signo este indicativo de la vida, pues sólo en la muerte encontramos el orden total, dado que es el único estado en el que el yo no está sujeto a cambio), es el manantial del que brotan las constantes y, casi siempre, veladas preguntas que llevan a nuestro poeta a inquirir sobre su existencia y a ponerla en relación con las distintas realidades que lo rodean, es decir, a reclamar, a través de sus obras, una identidad que le permita *convivirse*.

Desde el inicio de su poesía, intuye que la búsqueda del bagaje de conocimientos necesarios para ir conformando su propia identidad ha de tener su base de operaciones en el desconcierto que le produce observarse a sí mismo y no reconocerse como el yo completo que aspira a ser –como veremos, el espejo es uno de los símbolos recurrentes en su poesía y, quizá, uno de los que presentan mayor riqueza sensitiva e intelectual–. Esa necesidad de análisis de su mismidad y del entorno en el que se encuentra inmersa, habrá de acompañarlo durante toda su obra aportando, a través de años y poemas, riqueza expresiva y profundidad de pensamiento.

En su primer poemario, *Espirales*, a pesar de su juventud, el poeta comienza a mostrarnos, aunque aún en forma de tanteo, algunas de las características que estarán presentes en toda su trayectoria poética. La conjunción adversativa “pero” es la palabra que inaugura su poesía, la que abre su primer libro de poemas. Nuestro poeta marca, ya de inicio, el territorio establecido por la mirada interrogadora: la escena que le es mostrada, puede ser sólo el decorado de un escenario, y a él, al poeta, le corresponde indagar lo que se esconde tras la bajada del telón, observar

lo que ocurre detrás de las bambalinas para descubrir la parte no visible de la obra: “Pero no crecen / ni se iluminan las flores al resplandor último / alameda perdida, pardo / engaño fueron los últimos suspiros, / los entonces vírgenes lamentos y los nardos.”

Es decir, desde el primer instante, intuye que ha de confrontar, de una forma analítica, los resultados de su observación de la realidad, con aquellas otras características que la apariencia engañosa de esa misma realidad presenta (“pardo engaño”), y, una vez contrastados, incorporar lo aprendido al equipaje con el que habrá de moverse a lo largo de su existencia.

Otra de las constantes que estarán de continuo presentes en la poesía de Ángel Fernández Benéitez, aparece también en *Espirales*: el amor a la naturaleza. Magnolias, nardos, alamedas, helechos, líquenes, espigas, claveles, rosales, etc., desfilan por el libro, mientras el poeta, como si fuera un pintor paisajista, pendiente del cambiante detalle de la luz, anota cada uno de los pequeños cambios que se producen en su entorno, tratando de asimilarlos como una parte más de su yo-cambiante: “Cuando la hoja se mece extrañamente / y la lluvia llena de charcos / las carreteras vacías, / entonces / se perfila un otoño límpido y clarísimo.”

A pesar de constituirse como un primer intento de marcar las líneas maestras que indicarán el camino de su futura poesía, *Espirales* no puede sustraerse, como casi todos los primeros libros, al intento de abarcar temas muy diversos: al ya citado interés por el paisaje, se une el encuentro con el amor, confiriendo una dimensión trágica y dolorida al descubrimiento de tal sentimiento. El mundo cultural está también presente, en una elaborada y lírica revisión del mito de Narciso, ámbito este, el de la cultura, que será también visitado a menudo en la producción futura de nuestro poeta, así como el del interés por la palabra poética y su poder salvífico: “... Siempre hay algo nuevo. / ¡Qué va! El amor o la inmensidad, / porque siempre hay palabras, el olvido, me salvaré, / espera, con la poesía, adiós, y tú me podrás

alcanzar, / te quiero...” presente en el poema que da título al libro, en el que se nos presentan, en una visión casi alucinada, las espirales formadas por las volutas del humo transformándose en las galácticas espirales fundadoras de vida, todo ello construido mediante un diálogo extrañado y entremezclado de voces que se configuran en el instante de la pérdida de la conciencia del propio yo y el del vislumbre de una supraconciencia inalcanzable. Las drogas, el sexo y la música están también presentes en un largo poema, que ocupa la tercera parte del libro, dedicado a la muerte de Sid Vicious, bajista del grupo Sex Pistols, muerto el 2 de febrero de 1979 por una sobredosis de heroína, cuando aún no había cumplido los 22 años, poema que se sustenta en la crítica irónica a la sociedad de consumo. El libro se remansa en su último poema, “Con una mazurca de Federico”, en el que el poeta vuelve al “... paisaje que, / a medias, asoma / por una ventana equívoca a cuyos lados / cae el terciopelo”, que no deja de recordarnos que parte de la verdad se encuentra al otro lado de las bambalinas a las que, más arriba, hacíamos referencia.

El lenguaje empleado en el libro es el adecuado al grado de experimentación que el mismo presenta. Si el libro es a menudo abrumador en la presentación de experiencias y sentimientos, lo es también en el lenguaje con que se construye; así, encontramos rupturas sintácticas y de sistema, encabalgamientos abruptos, neologismos, enumeraciones caóticas, gran riqueza de imágenes de tipo surrealista que impregnan el verso libre por el que discurre, e, incluso, empleo de diminutivos que, en cierto modo, nos recuerdan el origen zamorano de nuestro poeta.

Nueve años después de la aparición de *Espirales*, ve la luz el segundo libro de poemas de Fernández Benítez: *A la orilla del júbilo*. Los años han dejado poso y aquel joven poeta vehementemente, turbado ante la realidad que le toca vivir, es ahora un joven profesor de Lengua y Literatura, que ejerce su profesión en el instituto Blas Cabrera de Lanzarote. Lleva siete años viviendo en las islas y el paisaje, siempre tan interiorizado por nuestro

autor, forma ya parte de sí mismo. El paisaje y su forma de nombrarlo, de hacerlo carne propia, conforma un lenguaje diferente al empleado por el poeta mesetario de *Espirales*. Si allí el lenguaje se desgarraba a la par que los sentimientos, aquí el discurso sigue siendo intenso pero se remansa al tiempo que se nutre de referencias marítimas e insulares: playas, olas, vientos, maretas, norays, barloventos, fiunchos, muelles, dunas, palmeras, marismas, aulagas pueblan los poemas del libro y dan forma a un paisaje interior por el que el deseo se desliza, primero insatisfecho para alcanzar, más tarde, una gozosa serenidad.

Se abre el libro con una decena de sonetos que, en meditada gradación, nos acercan al sentimiento amoroso desatendido: la soledad, la insalvable distancia que lo separa de la persona amada, su inalcanzable carnalidad, sólo tangible en el sueño, impulsan la necesidad de vivir en y por esa ausencia. No faltan en ellos las referencias a la inconsistencia de la realidad, a la necesidad vital del poeta de recapacitar sobre lo vivido en un “tibio” encuentro amoroso, a pesar de que la pesadumbre insista en llevarlo de nuevo a la senda común de cada instante “Pongo a salvo el momento. Luego ceso / de corregir la incertidumbre. Miro / a mi alrededor absurdamente. // Si fue o no fue verdad miro y sopeso. / Mas me alcanza feroz en lo corriente / la aguda desazón de otro suspiro.”

La agitación del ánimo, presente en toda esta primera parte, y ya anunciada en la cita de *Las mil y una noches* con que se abre, desemboca en el soneto X –junto con el V, quizá los de corte más clásico– en el que los verbos de movimiento: arroja, vierto, expiro, ceso, me levanto, desembocan en la esperanza de poder contemplar de nuevo la figura amada.

Si esta primera parte mantiene aún alguna reminiscencia del impetuoso dolor de *Espirales*, aunque aquí en forma de suave queja y no de agudo grito, parece que el poeta quiere cerrar definitivamente aquella forma de decir, no sólo por el abandono del verso libre, sino por la transformación del lenguaje que se lleva a



cabo en la segunda parte, cuyo título coincide con el del libro y que toma del verso de cierre de la misma. Ahora se hace “dulce la palabra”, el juego amoroso se llena de sensualidad “Como un delfín la lengua en mar abierto”, en una mutación redentora producida por el recuerdo del instante compartido.

Discurre después el poemario bien en forma de alegóricas conflagraciones, en los “Encuentros silenciosos” de su tercera parte, donde encontramos un lenguaje cuasi-bélico que transforma el deseado encuentro en campo de batalla en el que los ejércitos-amantes se enfrentan “puñal contra puñal”, en un interesante juego de tiempos y personas que se desliza entre placer, pérdida y separación, bien en el hermosos canto de la parte titulada “Maissí”, en el que la amada lo es todo, salva y anula, y donde encontramos ya el anuncio de ciertas imágenes marinas “Como olas / me lanza el viento amigo a extrañas latitudes” que abrirán otras que veremos reaparecer años después en *La mar inmóvil*. Aquí, el lenguaje, sin perder intensidad, disuelve su rotundidad en la belleza (“tono de lírica sufi” lo denominó el crítico Ángel Sánchez), y, a pesar de moverse entre celos, esperas y ausencias, se torna sensual y extasiado: “Cómo diría que cien gacelas jóvenes / se asoman a sus ojos.”

El poeta se ha tendido a la orilla del mar-cuerpo de la amada, materia de la alegría, carne-agua jubilosa de la que desea formar parte y ha cantado, con serena aflicción, la desdicha de no poder desaparecer en ese mar y la esperanza de fundirse con él para, complementarios, ser sólo uno en el recuerdo. Y ahora, “Cuando cierra el viaje”, título de la quinta parte del poemario, “La nave marcha en paz / y canta el marinero” “...canciones /de amores imposibles”. Se apacigua el ánimo, se aquieta el deseo, y, aunque aún queda algún rescoldo desatendido, el poeta acepta, serenamente, la realidad de la situación: “Del *funcho* nacía un sopor dulce y largo / y en el aire habitaba la humedad sin los besos.”

Finaliza el libro con un hermoso poema titulado “Regreso a Ons” donde el lenguaje se hace más marino que nunca, para

cantar la belleza del lugar en el que nacieron este puñado de poemas (siempre el paisaje como protagonista), transustanciado ahora en cuerpo amado “al entender susurros de olas o de amor”. La serenidad que emana de la isla ha propiciado la derrota del olvido, “Atrás queda Leteo”, y conlleva la recuperación luminosa del recuerdo amoroso. La paz está con el poeta.

Pasarán otros cinco años hasta la aparición del nuevo poemario. Durante ellos, verá la luz una plaquet editada por el Ateneo Obrero de Gijón en 1993 y titulada *Los ademanes cautos del deseo*, en la que el poeta incide en la sensualidad de su último libro, añadiendo ahora una vuelta más de tuerca a las alegóricas maneras de aquel. Fórmulas expresivas que ensayan caminos y que, en cierto modo, anticipan los que a partir de ahora habrán de ser los ejes vertebradores de la poesía de Ángel Fernández Benéitez.

Será a partir de *Epistolio*, publicado por Ediciones Libertarias en 1994, cuando la poesía de nuestro poeta experimente un giro absoluto hacia el deseo de comprensión de su propia identidad. Ese hecho, que es un factor común en buena parte de los poetas del siglo XX, en su caso se particulariza por el conocimiento profundo que tiene de la identidad del ser, surgido, no sólo de su preparación académica, sino también de su profunda capacidad de introspección y reflexión. Tal deseo se apoyará sobre tres conceptos-ejes fundamentales: por un lado, ser-yo y ser-hombre, en una tentativa de unir las dos mitades de la misma naranja, para conseguir la perfección, cerrada y esférica, de la propia identidad. El desarrollo de esos dos conceptos, para lograr reunirlos en un solo yo perfecto, se llevará a cabo siguiendo dos líneas maestras, impulsadas siempre por el desconcierto ante la cambiante existencia: poemarios más líricos, más musicales, más alegóricos, más simbólicos (*La conducta inocente*, los poemas contenidos en las plaquets *El ajuar de la noche* y *El sistema en la niebla* y en el poemario *La mar inmóvil*) para el conocimiento directo del ser-yo, y, poemarios más narrativos, más conversacionales,

alejados de fórmulas herméticas que dificulten la comprensión del discurso poético (*Epistolio*, los poemas reunidos por el poeta bajo el título de *Oscuras epopeyas*, y el poemario *Blanda le sea*) para el conocimiento del ser-hombre. Además, como punto de unión entre ellos, un tercer eje basado en la inmersión profunda en la naturaleza (es decir, el ser en su medio) con *Cuaderno de Otoño*, *El verano al acecho* y *La gala de la noche*.

En *Epistolio* se desprende el poeta de aquel punto de esteticismo vanguardista presente en sus anteriores entregas, y, a través de un lenguaje directo y sereno, nos acerca al mundo del fin de siglo pasado mediante una lúcida y, a menudo, escéptica reflexión sobre la condición del ser humano. Para dar forma a esa meditación, el poeta se ampara en el género epistolar. No es esta una cuestión menor; esa decisión, determina, en gran parte, no sólo la forma sino también el tono del libro, pues, como bien apunta Tomás Sánchez Santiago: “¿no es la carta el último aventurado reducto de lograr una comunicación sin salir cada cual de sí mismo?” El poeta decide regalar un espacio íntimo y dialogante a la cotidianidad, para extraer, de ese emplazamiento temporal, una serie de sencillas pero profundas lecciones que incorporará a su equipaje vital. El ser-hombre, parte ineludible de la totalidad del género humano, se nutre así del aprendizaje que le procura el ser-yo una vez instalado en su realidad más próxima.

Comprueba entonces el alejamiento que se produce entre los seres humanos en la sociedad actual, a pesar de contar con los mayores avances tecnológicos, mientras constata la mentira del bullicio del papel couché y la verdad de las cosas sencillas “Hay quien frecuente, entre ellos, a la gente que cena en las revistas, / pero estoy bien seguro de que Lu-shi, aquel tendero / que nos vendió en Tien-tsin una cajita / de laca con anémonas rojas dibujadas, / vive ajeno a esa corte que frecuente Marbella”, o toma nota del hundimiento al que se ve abocada una sociedad de mercaderes capaz de convertir en mercancía hasta los más

íntimos sentimientos, en esa magnífica alegoría que es el poema que narra una visita a Venecia, tan alejado de los muchos poemas decorativos que hicieron de la hermosa ciudad italiana una falsa postal para turistas.

A veces el poeta recorre un itinerario un tanto descreído, como en esa epístola dirigida “Al hombre feliz”, preguntándose sobre la dudosa posibilidad de encontrar la felicidad “...y seguimos los hombres / redescubriendo siempre el borde de la dicha”, para acercarse, en un suave vuelo rasante, al *beatus ille* horaciano, mientras, por el camino, nos muestra el poder de la mirada poética como medio de conocimiento: “En este regresar continuo hacia la nada, / he podido escuchar la noche más hermosa / y mis ojos me asisten: desde dentro conocen, no limitan; / hacia fuera se dan con entusiasmo.”

También en *Epistolio* aparece de nuevo, esta vez con más fuerza, el símbolo del espejo, lo hace en la “Epístola a los demiurgos de la vida” y en la “Carta al discípulo único”, manifestando, en este último poema, el desconcierto que le produce no reconocerse en la imagen que el cristal le devuelve: “Me topé por entonces con un desconocido / que me miró al espejo, que me tentó la carne / y se sintió en mi cuerpo, pero no me conozco. / ... / ¿Es que quizá no es nada ese tal que me oye?”

Descripciones de la realidad, en fin, que no sólo se limitan a detallar objetivamente lo observado sino que, además, penetran hasta el fondo invisible de la escena para intentar atrapar su verdadera esencia: “...pero solo es la luz, no significa. / Como el rostro de Dios quema la vida. // Después mira la sombra cómo sube / y llena los rincones. Nada cabe.”

Esa capacidad de introspección, apuntalada por una leve ironía impiden en todo momento al poemario deslizarse hacia los poéticamente baldíos terrenos de la investigación sociológica, constituyéndose cada uno sus poemas en un meditado intento de esclarecer la complejidad del yo completo, enriquecido ahora

por las aportaciones que el yo-hombre ha generado desde la incertidumbre de ser en y con los demás.

Los años pasan y nuestro poeta se constituye en uno de los referentes culturales de la isla de Lanzarote. Organiza talleres de poesía, participa en Programas de Animación a la Lectura, coordina la revista literaria *Ultramar*, colabora en algunas publicaciones locales con ensayos y artículos de crítica literaria y artística, da a la luz unos cuantos relatos cortos y el cuento ecologista *La Bruja Harilla*, dirigido, según palabras del propio autor “a niños y no tan niños”. El cuento, con una hermosa edición, está ilustrado por el creador lanzaroteño Pedro Tayó. Y, mientras tanto, va gestando el que será su próximo poemario: *La conducta inocente*.

Se abre este con unos versos que son toda una declaración de intenciones: “Si nombro abril, encuentro / césped verde,” y, más adelante “... ¿Dudo / todavía? Si nombro / abril, declaro primavera.” El hecho de nominar, de dar nombre, se establece como aliento creador. La palabra no sólo designa sino que sustenta la acción y conforma la materia: “Veo el mundo creerse de la nada / tan sólo porque invento / la voz que lo designa” siendo, pues, el acto de nombrar (“Me nombro y nazco en voz”) un primitivo movimiento en pos de la obtención de conocimiento.

El poeta, desconcertado ante tal afirmación, duda de su lectura de la realidad: “¿Pero cómo saber / si importa no saber? / ¿Si la palabra nombra / y es sólo voz la creación del mundo?” Para plantearse, más adelante, que “La ignorancia prefiere la certeza”, constituyéndose así, por juego de contrarios, la inseguridad, la duda, en un afilado bisturí con el que descubrir las entrañas de la existencia, pues tal y como afirmaba el filósofo Immanuel kant “se mide la inteligencia de un individuo por la cantidad de incertidumbres que es capaz de soportar”.

Desconcierto que aumenta en las dos partes centrales del libro, segunda y tercera, dedicadas a un símbolo presente a

menudo en la obra del autor: el espejo. Éste, como herramienta con la que auscultar la naturaleza de la propia identidad, ocupa buena parte del poemario trasladándonos el poeta su constante preocupación al no reconocerse en la imagen proyectada (ya lo anunciaba en su primera parte cuando decía “Me miro y no soy yo”). Ese conflicto, originado por la falta de entendimiento entre el yo primigenio y el yo cambiante, nacido de las variaciones que en aquel han tenido lugar como consecuencia del enriquecimiento paulatino de la capacidad de mirar y de reflexionar sobre lo contemplado y lo vivido, es lo que refleja la superficie azogada del espejo; benéfica cosecha recogida en el intento de conciliarse con el entorno, que no recoge sólo la falta de reconocimiento del antiguo yo, sino que se enriquece con la comprensión del nuevo, nacido de los cambios operados de continuo en el ser humano. Los poemas se ven ahora asaetados con preguntas dirigidas al espejo, que no es sólo el biselado cristal que nos devuelve una figura a veces irreconocible, sino también el agua, los ojos, el alma, en definitiva todo aquello que es capaz de definir y trasladar, desde la auto-contemplación, el conocimiento de uno mismo en cada uno de los estadios evolutivos: “Aún buscas la verdad / donde impone su trampa lo de fuera”. Así, ante el sentimiento negativo del paso del tiempo “Cuando invade el invierno...”, el poeta se revela y busca el gozo de existir en la imagen que le es devuelta: “¡Azogue de esperanza! / Proclama aquí tu abril / y espera a ver si ocurre. / ¿Qué espejo te devuelve la figura?” inquiera confiado.

Y, aunque intuye que todo es un engaño (“Sé positivamente que todo es inventado”), que esos espejos en los que se sumerge le devuelven una realidad amasada con la harina de sus propios miedos, esponjada con la levadura de su inseguridad, la pausada reflexión le lleva a inferir que es éste un paso obligado y esperanzado hacia una identidad más compleja y completa: “Podríamos negar / y esconder el espejo, pero entonces / qué testigo diría que invento mi locura”

Se cierra el libro con un magnífico poema, “De los arcos”, en el que el poeta cuestiona una vez más su capacidad de percepción y se pregunta si era mejor la inexperta bondad del mundo dejado atrás (“En aquel hueco oscuro / crecía el mundo todo”), un mundo sin preguntas, sin dudas, un mundo fraguado en la seguridad de la ignorancia (“No puedo sugerirme otro mundo más firme / que el de la luz clavada en mi cajita oscura”) o si, para avanzar por el obligatorio camino de la evolución personal, es mejor el desconcertado mundo del conocimiento construido desde la palabra creadora “Sin embargo, construyo la memoria, / acudo a estos espejos donde el hombre se encuentra / con otra luz distinta”, aun cuando la realidad aparezca ahora menos nítida “Más turbias las imágenes parecen” y obligue al poeta a mantener un continuo y enriquecedor enfrentamiento consigo mismo.

En 1999 Fernández Benítez regresa a la península para ejercer como profesor en su ciudad natal. De su reencuentro con el paisaje zamorano, nacerá uno de sus más bellos poemarios: *Cuaderno de otoño*.

El libro forma parte de ese tercer eje sobre el que más arriba hacíamos girar la poesía de Ángel Fernández Benítez: el ser en su medio.

La flora y la fauna que pueblan el Duero y sus riberas, se convierten en símbolos con los que el poeta elabora su alquimia creadora. El poema, pues en realidad se trata de un solo poema dividido en tramos numerados, se mueve alrededor de tres motivos cardinales: el paso del tiempo, el paisaje y la palabra. Cada uno de ellos aporta un peso sustantivo al poemario: reflexión, serenidad y conocimiento, respectivamente.

La voz desengañada de la edad, en comunión con el paisaje renueva el deseo de creación. Ésta se llevará a cabo desde una liricidad más delicada y natural que la utilizada en anteriores entregas. Como señala Tomás Sánchez Santiago “[el poeta] es consciente de que su única patria verbal es ahora ésta de un

despojamiento paralelo al del otoño”, sustrayendo de aquel “Si nombro abril...” con el que abría *La conducta inocente*, no sólo el gozo primaveral sino también otros elementos materiales constituyentes: “Y el rumor liberado / en riberas humildes desemboca / menos frondosas hoy / que cuando abril sonaba”.

Un lenguaje impresionista, en el que se aúnan sentimientos (manifestación de su vida interior) y sensaciones (percepción del mundo exterior), junto a un tono intensamente sereno, nos acerca ahora el otoño “con sonidos de hojas vacilantes”, manifestando que nada es fijo, que la vida se compone de tanteos que realizamos de continuo, mediante los cuales tratamos de encontrar la dirección adecuada. Sobre eso versa *Cuaderno de otoño*: nos habla de andar caminos. Mejor dicho, en realidad nos habla de ser el camino, de ser todo lo que nos da y le regalamos durante ese tránsito, de ser todo lo que en él hallamos y abandonamos, todo lo que nos llena y nos vacía, pues, ese paseo desprovisto de urgencias de nuestro poeta (tenemos siempre la sensación de asistir al paseo cotidiano y el consabido regreso a casa), no es otra cosa que la sosegada peregrinación, temporal y espacial, en busca del centro personal, del centro primordial donde todos los caminos convergen. Nada que ver, pues, éste paisaje, con la escenografía del paisaje bucólico: este es un paisaje real, por el que transita un ser verdadero en busca de su verdad.

La filiación simbolista del libro está presente en la mayoría de sus poemas, trascendiendo a veces la consabida explicación escolástica: EL OTOÑO no es sólo el acostumbrado camino hacia el invierno, hacia la muerte (como señala Juan Manuel Rodríguez Tobal “...a diferencia de otros libros de otoño, no se hace en la elegía la voz de este ‘Cuaderno...’, no escuchamos en él un canto al mundo como un bien que ha de sernos irremediabilmente arrebatado”), sino que, además, se produce una especie de mudanza de la materia del poeta para, sin dejar de ser él mismo, convertirse en parte sustancial de la naturaleza en la que está inmerso, y, así, sumido, transustanciado, el deseo de lograr la

unidad del ser alcanza ahora también a la forma y no sólo al fondo: “Tengo la voz huída por las ramas / me va saliendo musgo en la palabra, / la humedad me consume y hago otoño”. EL BOSQUE, como lugar donde florece la vida vegetal, libre de la influencia del hombre, es, además, el lugar sagrado que oculta en su centro, en su corazón, el lugar reservado al conocimiento. Para llegar a él el poeta se vale de LA LUZ como medio para interpretar los signos, desvelar los misterios, o de LA MÚSICA como soporte necesario para la comunicación, o DEL PUENTE, que no es sólo lugar de tránsito entre la realidad y la conciencia del poeta sino también trasunto de sus diferentes estados de ánimo. En fin, la simbología del poemario es numerosa y no es posible concretarla en su totalidad, pero no puedo dejar pasar por alto la presencia de ese TORDO que desde el poema 43 amedrenta al poeta. ¿Quién o qué es lo que realmente lo asusta? No parece que sea el tordo que allí se nombra, pues, a lo largo del poemario, contempla otros animales y ninguno lo hace estremecerse de ese modo. Conectémoslo ahora con los poemas 14 y 16 donde el poeta se pregunta si quien mueve los carrizos y lo asusta es la voz que, sola, sufre la caída del tiempo, y con el poema 45 en el que dice “me dispongo a asustarme en la espesura / donde habita *mi* tordo y lo hallo luego” (la cursiva es nuestra). ¿Es posible, entonces, que el tordo sea el poema? Pero no un poema cualquiera, sino el poema que nos sorprende por inesperado; en el que, aunque sabemos que puede llegar en cualquier momento, no acabamos de creer del todo, porque alguno de sus componentes no está en nosotros, porque nos es extraño, porque nos es dado, como si en vez de ser búsqueda, fuera aquí sólo espera la palabra. Y entonces, se obtienen versos memorables como el que cierra el libro: “donde fraguó una rosa nuestro aliento”. ¿Cuál es el sujeto? ¿La rosa fraguó nuestro aliento o nuestro aliento fraguó la rosa? Memorable. Posiblemente, nuestro autor, desde una mirada objetiva, nos dirá que el tordo sólo era un tordo; bien, posiblemente, pero, como dice Ciorán “Un libro sólo es fecundo y verdadero, si se presta a varias interpretaciones diferentes”.

Durante los años anteriores a la aparición de *Cuaderno de otoño* y alguno de los posteriores (1994-2005), Ángel Fernández Benéitez dio a conocer una serie de poemas que fueron publicados en revistas, antologías, cuadernillos, etc. Una parte de ellos, han sido recogidos en esta antología bajo el epígrafe de *Oscuras epopeyas*. A pesar de su deshilvanada aparición, los poemas constituyen un corpus cohesionado, por lo que, podríamos decir, estamos ante otro poemario. Vuelve en ellos a hacer su aparición el poema narrativo, en el que se nos cuenta una historia desde un lenguaje directo, emocionado y emocionante. El poeta, sin utilizar mediación de ninguna clase, dirige su discurso directamente al lector y este, que se ve implicado en el poema desde el primer momento de la lectura, hace causa común con el mensaje que se le transmite, lo interioriza y lo toma como suyo. Imposible no sentir empatía con el poeta autor de esos poemas, plenos de sensibilidad y ternura, pero alejados de todo tipo de patetismo; imposible evitar una mirada compasiva cuando nuestros ojos observan el deambular atolondrado de Pili, la Tacones, o no sentir un cierto temblor emocional cuando leemos el poema “Anciana”, en el que, el poeta, nos habla no sólo de su madre, sino también de la nuestra, de todas las madres el mundo.

También, en ese espacio de tiempo, hicieron su aparición dos cuadernillos que, aunque no están recogidos en esta antología, no queremos dejar de mencionar: *El ajuar de la noche* (2002), título que cerró la colección La Borrachería, editada por el grupo zamorano Lucerna en el que el poeta hace un recorrido por tipos y situaciones que pueblan la noche ciudadana y *El sistema en la niebla*, publicado en el año 2004 como separata de la revista literaria Iria Flavia, en el que el poeta, desde un tono tranquilo y meditativo, refleja el carácter gris de una ciudad en la que siempre parece ser invierno, una ciudad sometida a un cerco de ceniza, en la que, al amodorrado pueblo que la habita se le “retrasa el presente”, unas gentes y una ciudad ciegos porque la niebla que de ellos emana les impide reconocerse. Sólo el forastero, el poeta, será capaz de mirar de otro modo y de vencer ese pacto

de niebla, pero habrá de hacerlo desde la lejanía, pues, si intenta hacerlo desde el interior, su mirada se verá contaminada y pasará a formar parte del mismo sistema, ya que dentro de la ciudad nada está sujeto a cambio, nada se mueve, ni siquiera el viento, sólo se siente en ella la tranquilidad de la muerte. Una ciudad que, en cierta medida, el poeta ya nos anunciara en aquel poema de *Epistolio*, titulado “Al poeta Tomás Sánchez Santiago desde el acogimiento atlántico”. ¿Quizá su propia ciudad natal?

Cinco años después de la publicación de Cuaderno de otoño, Fernández Benítez nos presenta su siguiente entrega poética: *La mar inmóvil*. Aunque finalizado y publicado cuando el poeta reside de nuevo en la península, es este un poemario de clara filiación insular y marítima que conoció su primera versión en los años en que el poeta vivía aún en Lanzarote.

El libro se instala en uno de los conceptos fundamentales que definíamos anteriormente como fundadores de la poesía de Ángel Fernández: el ser-yo. El poeta profundiza en sus sentimientos para tratar de comprender los cambios producidos durante su existencia y reconocer el yo nuevo, nacido tras las numerosas aportaciones producidas durante el transcurso vital, asumiendo las variaciones que, respecto al antiguo yo, encuentra. Es decir, tratará de convivir sin conflicto con su nuevo yo, sin verse obligado a olvidar las características del yo antiguo, asumiendo la evolución a la que el tiempo nos somete. El método utilizado para llevar a cabo esa introspección es el de la alegoría amorosa. Mediante él, el poeta nos comunica su interés por conocer los resortes sentimentales e intelectuales que debe tocar para acceder al conocimiento y, con él, a la poesía.

Desde las tres partes introductorias que, a modo de preámbulos, abren el libro, hasta el epifonema que lo concluye (aunque como dijo Paul Valery “un poema nunca se acaba, un poema se abandona”), *La mar inmóvil* es la interiorización de un anhelo de cambio. El poeta se encuentra inmerso en una situación vital y creativa que desea dejar atrás: “Mas en la voz no amaba

y todavía / buscaba con pasión la luz en torno”, y el poema se mueve entre el dolor originado por el abandono de lo conocido y el gozo esperanzado que produce el futuro que espera.

Parte, el poeta, desde un estado de inocencia, casi de ingenuidad infantil, (“Y era que aquella voz en su inocencia / no amaba todavía”), para evolucionar hacia un periodo juvenil, representado aquí como el primer amor, para, a través de una azarosa travesía por la existencia, alcanzar un más amplio grado de comprensión del sentimiento amoroso y una mayor profundidad en la labor creadora. A través de las diferentes fases del poema, utilizando como impulso la nueva fortaleza hallada en la palabra, el poeta toma conciencia de las transformaciones que se producen en su experiencia creativa y vital, mientras esta discurre por distintas fases de conocimiento, a veces intuitivo, casi animal, a veces racionalista, pero siempre sensitivo, hasta vislumbrar, ya desde la serenidad, el lugar que ocupa en el universo: *La mar inmóvil*.

Para penetrar en esas dos ideas primordiales que constituyen la base sobre la que se levanta *La mar inmóvil*: la profundización tanto en el sentimiento amoroso como en la capacidad creadora, el poeta hace uso de la herramienta que le es más querida y reconocible: la palabra. Pero, para ello, necesita enriquecer la capacidad exploradora de la misma (“Ha de inventar la voz que abra camino / y le ofrezca machete a su existencia”), ahondar en la verdadera naturaleza de la palabra utilizada, es decir, debe atender también al deseo de cambio de la voz que canta ese intento de transformación, voz que se construye con un léxico de una riqueza exuberante, selvática y una sintaxis precisa, capaz de trasladarnos, utilizando los mismos símbolos, esas dos ideas fundamentales, de tal modo que, amor y conocimiento, llegan a fundirse en una enriquecedora simbiosis: cuando nos dice que desea otro lugar para el amor, también nos está diciendo que desea otro espacio distinto para la creación; cuando nos señala que el amor es un sentimiento cerrado que no admite el ansia de conocer algo nuevo (“Pero el amor se cierra en torno de sí mismo. / ...

/ Así que está sellado y encubierto / y no existe su mundo / sino en la orilla misma de las cosas.”), también nos sugiere la misma condición para la creación poética y que ésta, como aquél, exige el doloroso abandono de un mundo anterior que, aunque fue y continúa siendo muy querido, debe dejarse atrás para adentrarse en la búsqueda de otras formas de decir, de otros horizontes que esperan (“La evidencia de amor niega todo horizonte / porque cierra la boca a la esperanza / de perpetrar el mundo en el aliento / de señalar el mundo, ajeno a toda selva / de devolverle al aire la creación completa.”). Cuando, en esa lucha personal, los recuerdos de la situación anterior ejercen de lastre que impide avanzar libremente, también el recuerdo de aquel deseo inicial de cambio actúa como estímulo para salir en su busca.

La mar inmóvil nos presenta la lucha constante del ser humano por avanzar hasta encontrar su verdadera identidad, del poeta por encontrar la voz necesaria en cada momento (“Ha llegado el momento de ver, sin sentir miedo, / esos pájaros huecos de pluma inhabitada.”), del enamorado por ir más allá en el conocimiento de un sentimiento que, aun sabiendo irrenunciable, también intuye insuficientemente comprendido. Es, en fin, un viaje en busca de otra forma de vivir en el amor, de otro modo de ser en el conocimiento y, también, la búsqueda de una voz diferente para cantar a ambos: “vayamos de una vez / a inventarnos la mar que navegamos / a inventarnos la mar en esta selva / a ser, amada mía, nada y voz”.

Han de transcurrir seis años hasta encontrarnos, en el año 2010, con el último poemario publicado por Ángel Fernández Benítez. *Blanda le sea* forma parte de aquella segunda rama principal que decíamos brotaba del tronco de su obra: el ser-hombre. Para lograr un íntimo reconocimiento, no le es suficiente al yo individual con la profundización en sí mismo, sino que, dado que vive en compañía, habrá de intentar obtener su auténtica dimensión poniéndose en relación con los seres de su misma condición que lo rodean, deberá obtener una visión totalizadora de su

ser-hombre. Para ello, está obligado a acercarse a sus congéneres, tratar de comprender sus inquietudes, compartir sus anhelos, entender sus miedos, participar de sus alegrías, en definitiva, formar parte de la íntima identidad de su grupo, entendiendo por tal el ser humano, para que, aquella, otorgue una nueva y enriquecedora dimensión a su propia identidad individual. Así, Fernández Benéitez, no duda en asumir ahora, mediante un elaborado juego de máscaras, la responsabilidad de convertirse por un instante en algunas de las figuras históricas que han tenido una decisiva influencia en el devenir del ser humano o en la relación del propio poeta con este.

Blanda le sea, título que el autor toma de un verso de la *Epístola moral a Fabio*, de Fernández de Andrada, quien efectuó una traducción libre del “sit tibi terra levis” (que la tierra te sea leve) utilizado por los romanos como epitafio en sus tumbas, es un poemario compuesto por 20 cartas apócrifas de otros tantos personajes históricos (lo epistolar vuelve a estar presente, como ya lo hizo en *Epistolio*, traspasando de nuevo la línea marcada por las fronteras de los géneros). Entre esos personajes, autores o receptores de las misivas, se encuentran parte de los seres humanos que, con sus obras, han ejercido mayor influencia en el pensamiento occidental de los últimos 24 siglos: Platón, Aristóteles, Jesús... Además, aparecen una amplia nómina de literatos (casi la mitad de las cartas están “escritas por” o “dirigidas a” nombres que están en la historia de la literatura, en ellos nos descubre el autor parte de sus filias y fobias). Finalmente, hay también en el libro un puñado de cartas obra de gobernantes y religiosos (o personajes cercanos a estos). Es decir, los 20 poemas recorren buena parte del pensamiento y del “poder espiritual y terrenal” que ha controlado el devenir de la historia del ser humano.

Estamos ante 20 poemas que están en la mejor tradición de los poemas morales de la poesía española: las “Coplas a la muerte del maestro Don Rodrigo Manrique” de Jorge Manrique, la “Canción a las ruinas de Itálica” de Rodrigo Caro, la “Epístola

al Conde duque de Olivares” de Francisco de Quevedo o la ya citada “Epístola moral a Fabio” de Fernández de Andrada. En ellos, el poeta, mediante la técnica de escritura diferida, irradia su autoría en un abanico de registros en los que, a través de las reflexiones de los distintos personajes, se distancia, se embosca, y, así, sin dejar de estar presente en cada instante, manteniendo el conjunto sujeto por un centro común, consigue no apoderarse abiertamente del aire del discurso mediante un “yo” uniforme, logrando, no sólo que la voz de cada poema nos parezca distinta, sino también que el ideario y la correspondiente meditación que originan, enriquezcan, desde muy diferentes puntos de vista, el propio yo.

Aun cuando todos los personajes son históricos y se podría aprovechar ese atributo para desarrollar una narración fundamentada en el didactismo poético y enriquecida por los oropeles de la anécdota, el poeta ha desdeñado aquellos para hacer que la intensidad y la emoción sean quienes aporten “la verdad” del poema, haciéndolo más metafísico que histórico. Así, dejando de lado el esteticismo culturalista, consigue que el desarrollo intelectual y el pulso vital de los poemas vayan de la mano.

Desde una racionalidad vitalista (“Estimé la razón como norma de vida imprescindible / y crecí en la palabra como instrucción del mundo”, le dice Jovellanos a Jovino, su alter ego poético) y con un tono meditativo y, a veces, sentencioso (podrían extraerse muchos de sus versos para que formaran parte de una antología del aforismo) pone a sus personajes cercanos al último trance; allí, toman conciencia de su insignificancia en el conjunto del universo. Tras esa objetivación de lo vivido y la subsiguiente introspección, a menudo pierden la seguridad que habían mantenido, en actitudes y discursos, a lo largo de su existencia (“Qué vergüenza me asalta, cuando ya no hay remedio, / –también lo dejé dicho aunque otro lo firmara– / por tanto perorar sobre el discreto, / cuando yo, sin prudencia, no lo fuera.”). Pero esa desencantada aproximación al instante final, no se

reduce aquí al desengaño barroco; en este caso, se nos muestra además una faz positiva: los personajes asumen, sí, dignamente ese camino hacia la desaparición (en esto el libro tiene un punto de estoicismo), pero, salvo en uno de los casos, no renuncian a estar vivos y a disfrutar de la vida mientras esta les acompañe, superando, desde esa celebración de la vida, la impotencia de contemplar cómo su ser se dirige irremediabilmente hacia su fin (“Y, aunque ahora ya me hundo sin coraje / en el profundo monte de lo mudo / deseo una caricia compañera / que dé tibieza limpia a mi piel fría”). Ese pulso vital que late en todos los poemas, les concede un plus de emoción que atrapa al lector.

Blanda le sea, además de ese sentido moral del pensamiento poético, además de esa búsqueda de la ética individual ante la desaparición, contiene una buena dosis de contemplación activa, de pensamiento crítico que el poeta concentra en tres usos sociales actuales contra los que dirige el acero de sus palabras: el empeño de nuestra sociedad en defender la juventud y la vejez como un valor en sí mismo, el mantenimiento de la obligación social de afiliación a alguna de las religiones y los ritos que aquellas imponen y, en tercer lugar, la equivocada equivalencia que seguimos conservando entre los conceptos de poder y líder.

Vuelve, pues, el poeta a trabajar en la tahona de la vida las distintas masas y las diferentes cochuras que dan forma al pan humano, y nos presenta una poesía plena de lucidez, reflexiva y serena, bañada por una leve capa de escepticismo y alejada de las apariencias de la actualidad y la moda. Y lo hace, además, utilizando un lenguaje sin estridencias, pleno de claridad y hondura, en donde la sintaxis, las relaciones léxicas y el valor fónico de las palabras están supeditados, como pedía el mejor Machado, a “la honda palpitación del espíritu”. En fin, un poemario en el que encontramos pureza expresiva, orden natural en el decir, estructura equilibrada, perfección formal: la difícil sencillez.

Ha querido, Ángel Fernández Benéitez, regalarnos en esta antología dos poemarios que permanecen inéditos. El primero

de ellos lleva por título *El verano al acecho*. De nuevo aparece aquella tercera vía que denominábamos “el ser en su medio”. La contemplación y el estudio de la naturaleza se establecen como punto de partida y medio para llegar a la interiorización y al estudio de la naturaleza humana, manteniendo como característica fundamental la falta de certidumbre sobre la validez real de lo observado: “¿Qué debo yo entregar: el aire a tiempo / como pago y rescate / de tanta incertidumbre?” La constatación de los cambios que se producen en el entorno natural más cercano, reflejada en los poemas, afecta también al espíritu del poeta, produciendo, esa personificación del paisaje, transformaciones vitales señaladas también en los poemas: “Sabe a tierra / esa sangre agitada de las flores. / ¡Con qué calor derraman nuestra vida!”

Actúa ahora el poeta como si fuera un minucioso botánico que anota, en su cuaderno de campo, las mínimas diferencias de forma, color, aroma que el paso del tiempo origina en cada uno de los especímenes que contempla. Pero, ese estar en la naturaleza está alejado del topos del *locus amoenus*; aquí no nos encontramos con un paisaje idealizado dispuesto para el gozo, aquí la actividad es casi febril: “No me alcanzan los días ¿Y aun espero? /.../ Me abruma la maleza. No me llegan / los días desbrozando”. Nos dice, manifestando la dificultad que implica deshacerse de la broza, olvidar todo lo secundario, “lo yerto”, para tomar en consideración sólo aquellas vivencias que aporten frescura y profundidad a su deseo de conocimiento: “Si todo fuera menta y arenaria”. Incluso la palabra, parece mostrarse ahora insuficiente en esa labor: “Ni hay palabra que acoja el desconuelo / ni palabra que afirme el aire de las aves. / Y yo, que vivo aquí, / ¿desvelo en la sintaxis? Y, más adelante, aseverando de nuevo la dificultad de crear a través de la palabra, le oiremos decir en tono quejoso: “Si al construir la voz, olierla la existencia”, y termina ese poema, titulado “Condiciones”, exclamando: “¡Qué falta de ignorancia / en la que vivo, / si no sé cómo hacer / para nombrar el sol / y quedar ciego!”, reclamando así la inocencia como lugar en el que situarse. Con un tono tranquilo y mesurado se pregunta también

sobre la incapacidad del hombre de imitar a la naturaleza, pues el conocimiento que tiene de su propia existencia, ausente en aquella, lo aleja de tal posibilidad: “Crece la salicaria ajena de su río; / ... / Vive acechado el hombre / ... / Y ve en todo un peligro / y una escasez en todo”.

Estamos, pues, ante un tratado de la imposibilidad. El poemario nos habla de las dificultades insalvables que se le presentan al ser humano cuando trata de comprender la naturaleza más íntima de su yo, cuando intenta conocer cuál es su lugar en el complejo escenario de la existencia. Llega incluso a dudar de su disposición para el aprendizaje “Nunca supe aprender de lo vivido”, y de la bondad de las respuestas obtenidas, que sólo nos presentan la certeza de nuestro acabamiento “En el saberse ser prospera el daño / no la consolación, / en el saberse ser imperdurable”. Y, cuando, ante la imposibilidad de redención, comprende el poeta que la palabra se muestra insuficiente (“La redención poética no libra / ni a quien dice redime, redimido / en sí mismo.”), y que el mayor impedimento del ser humano para identificarse con la naturaleza está constituido por su ansia de permanencia (“y sus hojas, tan frágiles, desdican / el empeño del hombre en ser eterno”), asume, situado ya su “Límbico en invierno”, llevadas las emociones a su más elemental pulsión, que sólo queda caer, como la nieve, hacia el silencio.

El segundo de los poemarios inéditos que Fernández Benéitez nos presenta, lleva por título *Memoria del ave encanecida (La gala de la noche)* y está formado por un único poema de 880 versos heptasílabos plenos de ritmo y belleza. En él, se compara al poeta con el ruiseñor (aquel que respondía a la calandria en el Romance del prisionero, “el Roseñor que canta por fina maestría” de Berceo, ese pequeño e infatigable cantor escondidizo, que ha paseado sus trinos desde los versos de los poetas romanos Horacio o Propercio hasta los de Darío o Lorca, pasando por multitud de romances y coplas populares del medievo), mediante una alegoría a veces serena, a veces perturbadora, pero siempre

emocionante, construida, como el canto del ave, con un lenguaje rico en matices y musicalidad.

Canta el poeta con todos los sentidos alerta, nocturno, desvelado: “Quien a lo oscuro canta / la noche lo desvela”. Canta desde la voz de todos, esa que, como decía el maestro García Calvo, no es de nadie: “A tejerlo vendrán, / alguien vendrá a bordarlo, / cantando las tonadas / que no fueron de nadie.” Canta, dándose entero y, cansado ya de intentar saberse, sin pretensión alguna: “Daré hasta el corazón / el trino indiferente / ... / No quieras ni mirar, / exánimes los ojos / entregados a cuanto / de dentro se vislumbra”. Canta, desasido ya de los nombres, receloso de la palabra: “Y no sabrá qué dice / a ciencia cierta nunca”. Canta, sosegado, desde la ignorancia: “porque quien canta ignora / y estrena siempre el mundo / ... / porque es cantar librarse / de un peso catastrófico”. Canta sin interesarse en la naturaleza de un porqué identificable: “Más allá de las luces, / ... / está el motivo incierto. / Verás..., lo que no sabes, / verás..., saber la nada, / verás nunca saberse / y no saber ser yo”.

Otras veces se deshoja en imprecaciones, unas veces benevolentes y otras ácidas, dirigidas al ruiñeñor y recibidas por el poeta “así tú cuando cantas / empecinado y loco, / así tú cuando cantas / y no dices ni sabes”, en las que, aunque sólo sea como constatación, no puede dejar de citar la falta de certeza que sigue estando presente en el canto “Ponedle fin al trino / o acaso dejará / al rojo la garganta / en tanta incertidumbre”, situación que le obliga a cuestionarse la verdadera condición de su búsqueda “Y tú venga a cantar. / ... / qué necesitas tú / que no te da la vida. / A quién idiota aspiras,” asimilándose a la percepción que nos dejaba Ferraté en *Dinámica de la poesía*: “el poeta, como tal, es en nuestro tiempo un fósil, un ser privado, propiamente un idiota”.

El poeta rinde tributo en el poema a anteriores obras suyas y nos encontramos con versos que nos recuerdan *La mar inmóvil* (“Al paio queda ya / lo que se amara tanto “), o el cercano *El ve-rano al acecho* (“Ni tan siquiera ser”), junto a otros, enriquecidos

con hermosos neologismos (“languidolientes”) o con diminutivos (“tapadico”) y localismos (“entoñar”), que nos acercan a sus zamoranas tierras. Igualmente, encontramos diversos homenajes a ideas mantenidas por poetas admirados: “de un grillo..., acaso venga” (Juan Manuel Rodríguez Tobal), “de sílabas libradas / de la palabra misma” (Tomás Sánchez Santiago) o a versos que son raíz en la carne del hombre “lo de dejar ausente / a quien no va contigo”, que nos recuerdan el “yo no digo mi canción / sino a quién conmigo va” del Romance del Infante Arnaldos.

Discurre así el poema, no sólo amparado en la duda de la ineficacia del canto para profundizar en la naturaleza de la propia identidad (“Y qué si no existiera”), sino enarbolando la bandera de la validez del mismo sólo por su capacidad de convocar belleza y gozarla en soledad (“Digamos un clamor / mas que nadie nos oiga”), alcanzando entonces a intuir otra dimensión del canto y del mundo como íntima manifestación de sí mismo: “Es un canto incomún / es no ser absoluto / o ser todo del todo / a fuerza de mirar / y no ver nada”, cuando el poeta, situado ya en el “yo indivisible”, canta sólo por cantar.

Hasta el último rincón de su obra, ha exprimido Ángel Fernández Benéitez su pasión por el conocimiento: esa es su verdadera identidad. Esa, y la voluntad de ahondar en el entendimiento del desconcierto producido por las dudas que soporta el hombre cuando se toma a sí mismo como objeto de estudio, voluntad que actúa como escudo para detener los golpes de la inseguridad. Una obra que se desliza siempre entre lo íntimo y lo real, elaborada mediante un discurso poético que se mueve entre la belleza y la densidad de pensamiento, entre el mundo de las ideas y el mundo de la naturaleza, sin hacer nunca ostentación de lo que sabe y lo que aprende, pero trasladando, a sus posteriores entregas, el bagaje obtenido en cada uno de sus libros.

Más, a pesar de ser la poesía el territorio del intento, también ocupa los terrenos del desierto del logro, por lo que, una obra poética, nunca puede darse por cerrada; no en vano, el mismo

autor nos ha dejado dicho que “no puede haber preceptos para la Poesía, tan solo posibilidades”. Por eso esperamos con expectación su próximo libro, en la seguridad de que, como el resto de su obra, será una luz nueva que iluminará parcelas inexploradas de nuestra condición de humanos.

MÁXIMO HERNÁNDEZ

ESPIRALES, ZAMORA, 1980*
CEUTA, ENTRE 1978 Y 1979.

* Premio CIUDAD DE TORO de la FUNDACIÓN SAÑUDO BARQUÍN BARSÀ, 1979.

APRISIONADO GRITO

Pero no crece ni ilumina
el resplandor último.
Pardo engaño, los suspiros finales
sobre el virgen aroma de los nardos.
Ni importan las magnolias en la noche purísimas
ni el tiempo amurallado entre huesos noctámbulos.
Tampoco aquel balcón: los ojos cariñosos
en despedida siempre y en tristeza.

Si regreso, apenas ya me encuentro los labios ateridos;
entre llaves inglesas prisioneros los dientes.
Decrecen los crepúsculos; en fuga los encuentros,
pero aúllan las torres de iglesias en la sombra.
Las torres apagadas sin viento y sin veleta.
Las torres tan sombrías.
En la grasa enlutada de un alba envilecida
chirrían como ruedas, gibosos y deformes,
los llantos imposibles.

Arácnidos de azúcar me alcanzan y me vencen,
venenosos, y apuran el extremo del vapor sobre el agua,
cayendo el sol al río y a la tarde,
lumínica insistencia del vaho arrepentido de una fuga,
que orquesta la fanfarria de hojas otoñales.
Y ya vivo en el susto, pero ignoro mi ser,
aunque lo temo y sé
que liban en mi sangre los insectos.

El juego de las nubes sonrosadas
atrae a otro camino,
mientras tejen la voz la noche y sus contornos.

Y ya llega, desnudo. Con los brazos abiertos lo recojo:
aprisionado grito. Trepando por el vientre,
el corazón agudo lo celebra.
Se abrasará después en la congoja.
Una silva salvaje se compone
donde los faunos jóvenes, piruetas en el aire,
buscan a cada ninfa que danza entre los álamos
con la música húmeda del collar de los besos.

La cima de la dicha está junto a los labios:
y grito aprisionado por amor,
mientras se rompe el mundo.

EL JUEGO DE LAS ADORMIDERAS (*Movimiento quinto*)

 Cuando la hoja se mece extrañamente
y la lluvia llena de charcos las carreteras vacías,
entonces se perfila
un otoño límpido y clarísimo:
diáfanos ocres bajo el azul
y el mar,
masedumbre de bueyes paciendo en prados infinitos
—el recuerdo—.

 En la cumbre se advierte
otra inmensidad.
Allá en el fondo, mirad,
las leyes del sable cetrino
fenecen en la intriga.
Más tarde ¿reventarán de odio?

 Pero las hojas caen, mientras
noviembre asciende lentamente.
Desnudos sus senos,
la muchacha nos abraza a todos.
Nos ama más esta nueva mañana.
Las olas de la vida, aun cubierto,
marcan en el arrecife
signos de espuma.

NARCISO MUERTO

Caía entre los versos de espuma en el torrente,
aurora todavía y bello
como un dios.
Como la nieve, nórdico,
de aquel volcán Sneffels, allá en Islandia,
al borde de la tierra, al límite del tiempo sostenido.
Pero caía ardiente, enamorado,
con espuelas de abismos infernales
arrasando la senda de helechos renovados.

Caía alborotado en giros, todo plata,
trémulo al contacto del agua
que una imagen de juncos devolvía.
De sus labios brotaba
la flora incandescente de los sueños,
y era su paso alado en las nubes del norte
que bucles en el sol tejían para adornar su rostro.

Conspiraban las horas con Eco en la montaña
buscando la esmeralda de aquel mirar amado.
En una mezcla hermosa de oasis y de médanos,
dibujaba su cuerpo el sol sobre la playa
y peces descosían con sus saltos
los cálidos espejos, jugueteando al borde,
cual amorcicos ciegos, del tibio resplandor de sus pezones rosas.

El agua acariciaba olímpico corcel
en música bucólica, el pubis cálido,
torbellino en remanso que al jinete
por los tesos cubiertos de encinas
resueltamente daba su sustento precioso.

Perito de humedades lívidas,
de sendas inexploradas, de catedrales góticas donde, como
inexperto y tímido espeleólogo,
socava iluso en vano,
al encuentro, insomne y encerrado,
del mito de Afrodita,
con plumas de golondrinas bien cernido.

A aquel brocal tendía del pozo solitario
su brazo displicente, su cuello desbocado
y, taladrado en sombra,
suavemente se hundía
en la esperanza infiel de su figura.
Y al final se caía
el ámbar de su mano al fondo del espejo.
Desasiendo la escala entristecida,
indiferente al mundo se sumerge.

Una lágrima brota repetida en el tiempo
y el suspiro se hiela, porque se muere ahogado.

MUJERES ENCANTADORAS CON SOMBRILLA

Inútil es buscar en lo mullido
los rayos de aquel sol o las caricias.
Las ánforas del sueño, los acordes del alba,
ya sea ruiseñor, ya sea alondra,
todo escondido está.
Las plumas del ave viajera
vuelan desvanecidas al otoño:
lunares de oro coronando la mar.
Los árboles de antaño, la niebla contenida
son armas sigilosas del recuerdo.

El corazón, en cambio, insiste,
penetra en los ojos saciados del espejo, lejos estaba
como yo estaba lejos, allí donde se estrecha el mar
y se abre océano.
La carne se hizo cosas un instante,
la carne del amor. No me preguntes.
Hay legiones de espíritus en la cima del monte
Incita a la violencia
ciega acometividad.

Lo que aquí se precisa
es música encantada, iridiscentes
cabellos enriscados y perlas y corales,
(los labios o los besos)
y los ojos, por fin,
de bahía solar mediterránea.

Aquí nada enamora.
Hurgando estás en el silencio en este instante.
Cada ventana inmóvil, cada puerta cerrada
es luto adolescente o viaducto ciego de la insatisfacción.

¡Cómo cuesta el dolor!
Ahora estás sufriendo. Y revuelves ahora
vestidos deshilados, los sombreros de rafia deslucida,
las mujeres encantadoras con sombrillas azules
o las colchas de seda luminosa
entre alcanfor dormidas.

Cerraremos la noche esperando sonrisas.
Pero no queda nada.
No hay nada en el baúl, nada de nadie.
Las corrientes de incienso
ya fueron congeladas.
Nos nombraron mayores para hacernos soldados
con hábitos sonoros de tambores.
Así es que cállate, tú no lo digas.
Hurgando estás en el silencio siempre,
y el alcanfor dormido
pálida neblina guarda. Tú lo sabes:
mataría el amor por encontrar su esencia en el destrozo.

ELEGÍA PARA EL FIN DE UN IMBÉCIL (Fragmento primero)

*Durante la noche del viernes al sábado
el cantante británico punk John Ritchie,
más conocido como Sid Vicious, fue
encontrado sin vida en su apartamento
de Greenwich Village de Nueva York.*

(El País)

ANTES

mirabais la engañifa de McLaren
con ansia cruel: tachuelas, cueros, rosas
pañuelos de viento sinfónico, mil
alfileres de viejas mal teñidas
de pecho flácido resonando blando
en la caja del mundo. Balbuciendo,
cediendo al hilo comercial, os dais la mano.

Eran los dientes musgosos de Rotten
un ansia de jovencita, todo en venta,
diabólicamente virgen aún
y tú, ciego de ira,
odiabas la tregua de un dios iracundo
y podías comprar el costo idílico del abismo
sin excusas porque tu cuerpo igualmente
respondía a demandas y juergas.

Había que orinar, Sid, era preciso
desencajar las vulvas, digo,
válvulas del vulgo viejo y escupir en su frente
con el odio a cuestras malversado.
Aunque no renegaste
de aquella cara impresa –cesa, Sid, cesa, cesa–

además repetida
en papelillos sordos, poderosos,
arborescentes de fábricas, de temas humanos,
de derechos simios, de estatuas
a la gloria del héroe siempre muerto,
de heroína para apandarles el mundo a los rebeldes
o de cajas de China para viejitas cursis
o gafas mariposa o crestas espinales.

Ella te quemó o te vendió la espera
con el abismo blanco del breve cristal y el humo,
no, Nancy no, sino la suerte:
Rotten amigo, McLaren comprador
o tal vez ella misma,
ahora sí, Nancy amante.

Silogismos absurdos de compra-venta-muerte
reconocía y componía tu infelicidad.
Pero a cambio lograbas
agudos mágicos al bajo
y tu voz de cencerro cardado
nicotínicamente asolaba
regiones pantanosas de niñas bien
en pañales de estupidez pretendida.

Tan solo en pensamiento frenético medible
ibas piojoso
con toda la fuerza del motor,
asaltando el solar exhausto de las abejas sosas, por contrato,
mientras cierto dolor de oscuras voces
al roce de tu carne salomónica
bajaba lento envenenando.

Y tú te adormecías para morder con saña, en éxtasis,
entrando tus encías hacia el centro-placer
del negro despertar de los adioses.

A LA ORILLA DEL JÚBILO
(1981-1988)
PREMIO ESPERANZA SPINOLA 1988

Te deja el aire makva
por el campo asombrado
ileso aquel recuerdo.
Lejísimos la tarde,
lejísimos el río
por la banda de añiles se perfila.
Y pierdes la mirada donde acaso
se conserve el encuentro
sobre la arena blanca de aquel día,
sobre la arena blanca en que te fuera
tan alegre indagar
bajo el dulce sopor
del sol contra el deseo.
No reconoce el tiempo aquellos pasos,
ni clarines dirán de aquel momento.
La tarde te ha dejado un juego de cadenas
a rumbos enfrentados sometidas.

Como anillo me abrazo a tu cintura
y el alma de tu vientre me acaricia.
El viento por tu piel pasa sin rumbo
zigzagueando suave y se desliza
por mares de trigal en primavera.
De la alameda, sobre azul, la cima
conforma espacios a sueños imprecisos.
Un vago tintineo hacia la orilla
la sombra y el secreto nos confunde
y, entre los juncos que se besan, brilla
mientras el río sus reflejos cambia.
El cenit ondulante se confirma
y océanos de cuerpo enamorado
al borde de la tarde se eternizan.

Hay un sendero azul bajo tu vientre
donde el verano guarda espuma silenciosa
y sabe a mar por envolver la tarde con olas
que florecen bajo tu piel desnuda.
Y sabe a viento en la Lanzada roja,
a madreSelva en un septiembre pleno,
a campanas de gloria templando el horizonte,
a relojes cantando en la enramada.
Hay un sendero azul bajo tu vientre
donde camina hacia siempre el aire,
donde los nidos recogen nuestros ecos,
mientras nos vamos yendo a golpe de los años.
Y eres así, con un sendero en medio,
una senda que llega al infinito:
Sentir los cascabeles del espacio
y derramar los ojos en la respuesta eterna.

¿Quién escribió en el alba esa palabra?
¿Fueron meigas o sombras?
¿Acaso fue mi mano
o el claro de luna que rondaba el amor?
Los blandos caminos de la entrega...,
la hierba fresca.
Era cuando en el bosque vagaba
la noche de San Juan.
Entonces eras viento,
páramos mis muslos.
No sé qué aroma, tomillo,
quizá almizcle o sándalo
llegaba hasta nosotros.
Como un delfín la lengua en mar abierto.
Tu saliva queriéndome los dientes
y al final un jadeo en las entrañas.
Y tú le preguntabas a la noche
quién escribió en el alba esa palabra
la noche de San Juan.

Regresarás a Ons en el soplo ligero
de un labio que horada inmensidades,
partidos los recintos
espesos del recuerdo.
Anunciarán los pasos
de cierto amor marino
las caracolas dóciles del día.
En la alfombra del norte
lanzarás tu *simbad*, como un niño,
rumbo al margen, sea azul, sea rojo,
sea dorado
en las crines de niebla de Ons maravillosa.

En su barcaza verde otro Caronte
te enfilará a la isla
en un rito dulcísimo
de iniciación solemne.

—Prometo amarte, Ons,
en una sobredosis
que marcará mi vida para siempre.
Y desplegaste el trapo como nunca,
desliabas el cabo del noray
cabizbajo. De proa recogías
una nortada limpia de gaviotas
y una neblina azul, como una orquídea
hacia lejana pulsación remota.
Y por fin encaramas
en el muelle granítico tu huella emancipada.
Sin dudarlo lo pisas.
Estás tú solo en ella,
con ella siempre,
Ons.

Bienaventurado tú, viajero,
que alcanzaste la isla sin óbolo y sin miel,
en una verde barca marinera.

Atrás queda Leteo.
Regresarás a Ons, raptarás el olvido
y la marola
refrescará tu frente.
Presiento la alegría
al entender susurros en las olas
o en el amor que arde entre eucaliptos,
como pañuelos que agitan hacia el sur las manos invisibles.
La paz está contigo.

EPISTOLIO*

(1994)

* El término epistolio no existía en castellano hasta que Félix Hormiga, editor del primer Epistolio de tres poemas, lo utilizó para sustituir el término epistolario.

El carácter poco protocolario de estas cartas me indujo a preferir yo también ese neologismo.

A MARÍA LUISA, APODADA FAMILIARMENTE NINÍ

No he llamado tu nombre y sin embargo
en Nueva York ignoran que existimos.
Nosotros, claro está, nos hallamos ajenos
también a muchas cosas:
al chico que conduce el taxi treinta y siete
en las calles de Abidjam, por ejemplo.
No somos triunfadores:
pagamos a crédito la casa,
los plazos de un Volkswagen sin ahogos
y confortablemente disponemos la danza
con un ajuar muy pobre, de abalorios.
Por la tele no dan nuestros secretos
ni alardea la prensa de habernos capturado
en un paso de apuro licencioso.
Andamos como muchos. Nos conocen
los amigos a quienes conocemos.
Tampoco en Nueva York saben que existen.
Aquel botones rubio con aire de chicano
ha olvidado que Rosa perdió el avión con llanto
cuando fue de turismo.
Desde luego que Rosa desconoce también al inquilino
del número dos, cuarto derecha, de la Wilhem Strasse de
Friburgo
y el dolorcillo ácido que mina su costado.
Nuestros pobres amigos andan como nosotros.
Hay artistas entre ellos de quien nadie comenta
si pintan o almidonan lienzo prefabricado.
También tienen amigos que cenan la tortilla cabalmente.
Alguno a Nicaragua fue a redimir la culpa
de un mundo que le pesa
y allá habrá hecho amigos, de quienes no sabemos

el nombre, el apellido ni si viven felices
en una casa rosa.
Quizás en Nueva York, de paso y fatalmente,
haya salido alguno apenas un momento
en un canal de tele de gran definición.
Hay quien frecuenta, entre ellos, a la gente que cena en
las revistas,
pero estoy bien seguro de que Lu-shi, aquel tendero
que nos vendió en Tien-tsin una cajita
de laca con anémonas rojas dibujadas,
vive ajeno a esa corte que frecuenta Marbella.

A UN AMIGO NARRÁNDOLE UNA VISITA A VENECIA

Una turba asfixiada asaltamos Venecia
un miércoles de agosto.
Todo era impresionante: los húmedos palacios,
las iglesias magníficas clavadas en la arena hace ya siglos,
el olorcillo pútrido de los bajos en ruina que sugería
historia
a toneladas, los canales..., verdosos.
Ante un esbelto puente que llaman de los Suspiros
intentamos hacernos una foto
a codazos, entre una multitud de japoneses
cargados con su cámara automática. Fue imposible.
Y en la famosa plaza tomada por palomas a las que por
mil liras
puedes alimentar inmortalmente, asistimos
cansados a una explicación bastante bizantina.
Mientras, el campanil tocaba las doce campanadas
y orquestas de violines se amparaban muy lánguidas
bajo los blancos toldos de las cafeterías.
La multitud por grupos seguía muy de cerca
paraguas bien visibles.

Es curiosa Venecia. Se hunde...
No es de extrañar; soporta el peso abrumador de tantos
visitantes
adictos a la cajita oscura, a los sostenes vistos y a
pantalones
cortos, por descontado, al arte y a los besos.
Un gondolero viejo, socarrón y chistoso, con uniforme
a rayas,
nos ofreció su tiempo, tan áureo como breve,
mientras bruñía el charolado negro de su nave.

Había mercaderes a cientos con sus puestos, vendiendo
en marmolina a Michelangelo y ahítos de Murano
fabricado en Hong Kong seguramente,
y muchas baratijas de precios alarmantes;
otros más recoletos, hacinados en cuévanos lujosos,
ostentaban objetos antiguos y muy caros.

Es curiosa Venecia... A poetas geniales
inspiró en otros tiempos
y aún en los cercanos sigue siendo aquel símbolo
obviamente romántico.
A Byron lo atestigua una placa de mármol
clavada en un palacio del Gran Canal magnífico.
Parejas italianas bastante mal vestidas,
las menos, desde luego,
atravesan los puentes cogidas de la mano
y miran arrobadas el bello atardecer en La Laguna.
Otras, de Boston frío, homosexuales ellos,
eruditos en Pound muy fugazmente,
rellenan sus postales
en un café discreto de recoleta plaza;
seguramente escriben a sus otros amigos de Sidney,
San Francisco, incluso de Toronto.

Es curiosa Venecia, ciudad de mercaderes
que hoy revenden la herencia de sus abuelos ricos,
ciudad venida a menos en su ciénaga propia.
La caca de paloma se almacena en San Marcos muy de prisa.
Seguramente pronto algún alcalde listo
la embarcará hacia Chile como abono.

AL HOMBRE FELIZ
(*De paso, a Maribel Samperio*)

A quienquiera que ve feliz sus días en la tierra
y acepta el desamparo de esos otros
de ausencia inevitable,
si existe, si está ahí, si me está oyendo,
le remito estas líneas por si acaso
quiere darme respuesta por correo.
¿Hay fórmulas, amigo, de la dicha,
operaciones financieras
de rédito redondo en que percibas
sin servidumbre o sombra,
un dividendo en tiempo de esplendor en los ojos,
o estamos condenados al fracaso
de cero en el haber sin vuelta de hoja?

De niño me leían una historia
en torno a cierto rey que enfermaba de hastío.
Visitado por sabios, sólo uno
recomendó el remedio verdadero.
“Has de vestir –le dijo– en carne propia
la camisa de un hombre que por feliz se tenga”.
Ni que decirse tiene que fue una empresa ardua
encontrar el prodigio, pero la tierra es grande
y tan poblada,
que, al fin, sus emisarios toparon con el hombre.
Lo encontraron desnudo
y apenas unas cañas componían su choza.
¿Qué fue del rey aquel? No nos lo dice el cuento.
Seguramente un túmulo acogió su tristeza
y acalló para siempre toda desesperanza.

Pero la vida sigue, sentenciamos,
y seguimos los hombres

redescubriendo siempre el borde de la dicha.
Algunos nos hablaron de renuncia,
de desahuciar la carne como a inquilino pobre
y amancebarla a solas con la muerte
desalojando al hombre del hombre que lo vive.
Incluso aseguraban que la vida
era trampa divina para templar los ánimos de acero.
Otro más cariñoso
nos prometía un reino emancipado
donde un papá estupendo nos amaba
y era perfecto y tal... Y desvalido
completó su agonía en un madero.

En este regresar continuo hacia la nada,
he podido escuchar la noche más hermosa
y mis ojos me asisten: desde dentro conocen, no limitan;
hacia fuera se dan con entusiasmo.
Avanzarán las horas en lenta retirada
y habré de refugiarme entre los verdes húmedos
del íntimo jardín
cuando decrezca el tiempo hacia la tarde.
Y entonces buenamente
llegue a entender, a solas, sin saldo ni consejo,
que era la dicha estar y no otra cosa.

AL POETA TOMÁS SANCHEZ DESDE EL ACOGIMIENTO ATLÁNTICO

Las ciudades, Tomás, y sobre todo aquellas
que envolvieron en niebla nuestra infancia,
dejan huellas recónditas incluso en quienes fueron
muy poco complacientes con su historia
y amaron vivir en carretera.

En los ratos perdidos,
cuando se hace severo el peso de los días,
nos hallamos confusos y creemos
que nuestro yo borroso y polvoriento
sigue cercado allí,
entre sus muros tercos, sus conventos inhábiles,
las plazuelas nodrizas y los bares.
Y los besos que dimos
bajo las frondas frescas de estivales paseos,
arropados de abrazos ocultos y amorosos,
se allegan a nosotros y alumbran con nostalgia
la incertidumbre ardiente de la carne.

Sabemos que hace tiempo su puente quedó atrás.
Los remolinos ávidos del río,
las sonoras azudas, las aceñas,
el cabañal antiguo, tantas torres
que dijeron adiós al día sin torzal,
ataron, sin embargo, la memoria.

Que había vecindario no es incierto, pero dime
¿quién espera, Tomás? ¿Quién nos espera,
si han seguido las gentes a las horas
y los hombres acuden solícitos a sus obligaciones?
Con naturalidad nos nombra forasteros

quien se topa en sus calles
con el presente nuestro que enajenó los ojos.
Respiramos marinos aires raros,
la comida diaria en nuestra mesa
creció en campos insólitos
y olemos a olores diferentes.
Por si esto fuera poco, los días nos añejan en otras
latitudes
y los rostros heridos desmienten la costumbre.

Nosotros, que no somos los mismos,
como nadie es igual a lo que era,
confiamos en gratas bienvenidas; y al regreso sentimos
que el hueco que habitamos ya no existe.
La ciudad se defiende ante nuestra mudanza
y acuña en tal ausencia
una moneda nueva con efigie de olvido.
Allá en el Mato Grosso, el mundo de la gente,
ya lo sabes,
era la sola tribu y en ella se explicaba
y resumía el ser y su existencia.
En fin, ¿quién se interesa
por que el mundo no se acabe
donde no halla el remedio de sus horas?
Y, mira, bien pensado, nadie que viaje al Hades,
recibirá al regreso albricias de los vivos.
Para todos la vida es alfarera.
El mar gesta marinos marineros
y la ciudad encierra a ciudadanos.

AL CANSADO LECTOR

Mira cómo la luz tiente y condena
desde octubre a setiembre cada tarde,
cuando se ciñe pronta a horizontes sombríos
o retrasa su júbilo en verano.
Advierte su silencio corrosivo;
al alba apenas un fulgor o nieve ácida
y luego en pleno día abrasadora.
Es agresión y fraude en cada
pájaro, flor, humana boca,
pero solo es la luz, no significa.
Como el rostro de Dios quema la vida.

Después mira la sombra cómo sube
y llena los rincones. Nada cabe.
Advierte su rumor de insomnio y hombre
que guardó en el mañana su destino.

Contéstame y concluyo
—entre negras y blancas anda el juego
en el tablero limpio del día y de la noche—
en la partida, al fin,
¿qué ficha queda?

OSCURAS EPOPEYAS
POEMAS APARECIDOS
EN REVISTAS Y ANTOLOGÍAS
(1994-2005)

TARDÍA ADOLESCENCIA

Era Sebas el nombre de sus labios,
porque labios y amor y Sebas eran uno.
Era Sebas los ojos, el cuerpo, la cintura,
Sebas la cinta de dolor prendida
del sentimiento grueso de los labios.

Sebastián fue después, tras veinticinco
años de celo en el trabajo, ascensos,
domingos y saludos.
Sebastián en la pila, desde luego,
cuando lo del bautismo y el crisma redentor
que póstumo de Dios nombraba a Sebas.
Sebastián quizá pronto para adioses y llantos.

Ella crecía sobre sus tacones
en una dimensión errática y cobarde
para encontrar a Sebas, la cintura,
los ojos, el cabello, al salir de la misa.
Aquel chico formal la saludaba
y, aun en la ignorancia de su efecto,
le contagiaba un mal de amor sombrío:
la humedad escondida de las lágrimas
y aquella otra guardada con un pudor de paños
que no quiero nombrar, sin arreboles.

No consentía ella el sueño de sus muslos
enredándose tibios en la cadera cálida,
estrecha como un viernes de vigilia,
Sebas también el lomo como los labios dulces,
y las uñas sensibles de pura grima ardiente...,
Sebas incluso el sueño y el insomnio.

Pero el amor está en el corazón, le habían dicho,
no en la cintura Sebas ni en el dibujo claro
del vello que se esconde, más Sebas todavía,
desde el ombligo torpe hacia esa forma absurda
que imaginar no puede, de pecado,
el colmo de ser Sebas que ella amaba,
cuyo sabor de hombre jamás la alimentó.

Oculto en el abrigo, en el invierno
y en el verano, en celo de abanicos,
las señales respeta, ya pactadas,
cuando reglas por ella nunca urdidas
la gloria le robaron, la pasión
de su señor negado para siempre.

Escribió poesías de Bécquer, Juan Ramón,
en un cuaderno triste: adolescencia, abierta
como un llaga pura, y eriales hacinados.
Y se quedó callada por cierzos y diciembres
en aquel mirador de calle estrecha
en que Sebas jamás llegó a decir su nombre
ni a murmurarle labios otro aliento
ni fueron heliotropos un fondo perfumado
ni jamás otra lengua procelosa
debajo de la suya plantó nido.

Pasmada en sus tacones acude cada fiesta
de guardar, olvidada,
a la nave central de la parroquia,
saluda a Sebastián ya sin cintura
y confiesa la ausencia de un pecado
que se enreda en sus piernas todavía
y le destierra el sueño cada noche,
la calma de los lunes.
Y, virgen con sus clavos, reza a Cristo,
despechada y tardía
como una primavera castellana.

En el rincón oscuro de tiempo renegrido,
se hace cómplice casto el hombre que la escucha,
encerrado en su armario de caoba.
Entre el vaho del deseo, redimido,
y ese *lacrima Cristi* que comulga,
quizá San Sebastián cruzó también sus labios
en un sueño de carne sin pecado.

UN BEBEDOR DE RON RELLENA UN CRUCIGRAMA

El bebedor de ron rellena un crucigrama.
Tiene la cara grande
y un bigote entrecano sobre fondo pajizo.
Los ojos escondidos tras cristales ahumados
miran con atención a la cuadrícula.

Si es un lobo de mar... Puedo inventar historias
sobre su piel viajada por soles tropicales
y gélidas ventiscas en el Cabo de Hornos
golpean con las olas
en la quilla del barco que navega.

La evidencia no sabe de imágenes soñadas
y me engaño si invento
una vida amañada en narraciones muertas.
Junto a mí, únicamente, bajo la sombra fresca
de lonas rojiblancas que anuncian coca-cola,
un bebedor de ron rellena un crucigrama.

Atisbo, de reojo,
a un hombre concentrado en la palabra
que es incógnita y vicio de quien se sienta solo
amparado en la luz cobriza de noviembre
una tarde apacible con la tibieza atlántica
de la mar encendida envolviendo las horas.

Acompaña la calma prematura
del otoñal crepúsculo.
El bebedor de ron pide otra copa
y se abisma después entre los cuadros
donde rellena apenas una letra
de algún plural, acaso, con bolígrafo azul.

En esa cárcel muda de incógnitas cruzadas
se asienta el pensamiento
y el vacío que espera la palabra,
ahora ya incompleto, absorbe al personaje.

Yo sueño con un barco de redes extendidas
donde cobraba atún un marinero
y sueño con un muelle
donde descargan muerta la vida de los peces,
mientras un personaje que no es mío
a la faena de la mar acude,
pero todo esto es fábula.
Puedo soñar leyendas sobre la soledad enjuta
que porta el individuo y llenar de aventuras
la sinrazón palpable de ese hombre.
Si miro la evidencia, solamente
un bebedor de ron rellena un crucigrama.

ÉPICA

Pili fumaba caldo y no era bella.
Pili bebía orujo y era puta.
Vivió en romances Pili, la Tacones,
pues, como el Cid famoso de la gesta,
epíteto portaba en la batalla
y escuela fue para hombres con anhelos.

Me la encontré una tarde, tirada entre la niebla,
a la orilla de un río, por diciembre,
bajo el jadeo asmático de un prójimo que huía
por la verija alcohólica de Pili la Tacones.

Me la encontré una noche bebiendo en la estación,
un mayo ferroviario y vaporoso.
Andaba en zapatilla porque juanetes viles
la habían despojado de su enseña:
en la casa sin gules quedaban sus tacones.
Me relató una historia,
embebida de amor y de aguardiente,
que yo escuché con ánimo de huida.

Un feroz mediodía volvimos a encontrarnos:
era julio y llevaba una vieja pelliza
con cuello de astracán pardo y sintético.
Apoyaba en blasfemias un tórrido discurso,
mientras se abanicaba laboriosa
con la bufanda a cuadros escoceses.
Y no era loca Pili la Tacones,
muy puta sí, de siempre, rutilante.
Campeadora fiel a sus agujas,
argüía sincera sobre un poder remoto
que le enfundó el abrigo como ultraje

aquel arrebatado mediodía.
Y yo no le hice caso a su espantada.

La vi, la última vez, meando entre dos coches,
no sé cuándo. Quizá lo imaginé.
Luego no he vuelto a verla ni falta que me hace,
no sé si sobrevive ni razono
sobre el motivo turbio, inconsecuente,
que la trajo a esta página en huida.
Tenía la mirada cerrada por orzuelos.
No sé si estaba triste por mi fuga,
tampoco es que me importe
la suya, desde luego.
Gritó en aquel refugio: “¡Vaya mierda!”.
Y yo pensé que hablaba de otra cosa.

ANCIANA

Mi madre, cada día, se atrinchera en sus píldoras:
la azul para el dolor que le rompe la espalda,
la blanca le propicia el flujo de la sangre,
la rosa le regala el sueño de las noches,
calcifica la roja la escasa densidad de su osamenta.
Mi madre ha conseguido hacerse drogadicta ya muy tarde.

En su vejez mi madre sufre de sequedad del ojo izquierdo
y, si llora por algo, le manan dos desiertos del lagrimal vacío.
Por si eso fuera poco, padece de egoísmo,
pero en su madurez nos atendía a todos.
Yo nunca conocí su juventud dichosa,
aunque debió de haberla.
Parecen confirmarlo ciertas fotografías
en que revela una aire fascinado
a lo Imperio Argentina. Hace ya tanto tiempo
que no recuerda besos ni amoríos.

Ha llegado –qué lástima– a la decrepitud
y el talle le ha mermado de tal modo que ahora
no encuentra la cintura que fue pasión e hijos.
Aún puede conocerme, pero no le intereso
más allá del instante en que me sabe
adulto en el abrazo, sometido a tinieblas. No desea
–es natural y lógico– que yo la arrastre a un limbo que no es suyo.

Mi madre se deshace de sí misma
y de nosotros con mucha reticencia.
Se centra en su salud que va desvaneciéndose
a medida que crece el tiempo que acumula.
Pero aún coquetea ante el espejo:
Me veo verde, hijo, mi color no era este.

Ya sabemos –le digo– lo hermosa que tú fuiste.
(Y sé que obro muy mal en el pretérito).
De todas mis hermanas, de veras, la más guapa.
Y repite ochocientas
noventa y ocho veces lo bella que era ella.

Y si la riño, llora como niña pequeña.
Pero nunca transige con la decrepitud
que la hace inútil prisionera, dice
en un gesto de rabia sofocado,
y exige con sus lágrimas de sal únicamente
la parcela del día que le es propia.

CIUDADES DIFERENTES

A mi padre.

Me contabas leyendas de lagartos
muertos ante un espejo por espada terrible,
de truchas pleiteadas y hostias volanderas
que cruzaron el río en la bruma invernal.
Y en las dulces mañanas de domingo
de despertar tardío y perezoso,
acudía a tu cama
y en el calor del hombre hallaba nido,
mientras oía fábulas de zorros y gallinas
y escopetas de caza simuladas
por ti con cuatro dedos sonaban en mi oído.
Me hablabas de Esperanza y de Mariana,
que acudían al Duero, lavanderas,
y tendían las sábanas sobre la hierba tibia
al sol primaveral:
historias de parientes enredadas
a los que devoró el destino,
igual que a ti después, un junio de ceniza.
Andábamos callejas
de nombre Buscarruidos, Las Doncellas,
peregrinando en broma
por barrios sin sonrisa en que la historia
dejó su tiempo gris y su lejía.
Visitábamos los ecos de la vida hechos de piedra:
aquel castillo chato propicio a ensueños bélicos,
una iglesia sombría donde seca colgaba
una culebra enorme que ensayara un pastor
con silbos y con leche, no sé cuándo,
allá por la edad Media, quizá nunca.

Con pelos y señales, revivías el drama
de su amistad y reencuentro trágico,
después de larga guerra,
cuando el mozo atrevido tuviera que sufrir
la amistad peligrosa, aquella vida aleve
que antaño protegió tan indefensa
y su entrañable asfixia.
Y en aquellos paseos vespertinos,
yo soltaba tu mano de corazón caliente
para coger cristales que eran gemas
y cajitas de fósforos para jugar a vistas;
o en la Semana Santa, la cera derretida de las velas
para pegar los cromos en chapas escogidas.
Por Valorio, el bosque abandonado
de olmos amorosos y pinos piñoneros,
dejábamos la tarde colgada en los alcores.

Creaste una ciudad a mi medida
en la raíz del tiempo desbocado
con las calles plagadas de recuerdos
de gentes silenciosas.
Luego te hiciste viejo
y yo perdí la infancia en polinomios
invadidos de incógnitas y miedo.
Mientras tú te callabas poco a poco,
crecía otra ciudad oscura en la distancia.
¿Qué podía decirte de la mía?
¿Contarte lo secreto:
la instalación consciente de la duda
que me dejó en el frío, donde espero?
Cierta ternura suave con que te hubiera envuelto
si no fuésemos hombres, me la negaba yo
con pena y con vergüenza
aquel mayo funesto cuando estabas
fraguando despedidas.

Era quizá la mía una ciudad distinta
que ya nunca sabré si hubieras aceptado
con el calor que amé la tuya hermosa.

Aquella última vez en que nos vimos
seguros de nunca más hallarnos...
¿Qué añadir al silencio?
¿Acaso sollozar, acaso darte ánimo?
¿Rendir, entonces, cuentas?
Optamos los dos, serios,
por la mudez ambigua y el nudo en la garganta.
Tu mano,
de corazón caliente todavía,
y mucho más pequeña por entonces
no abandonó mi puño aquella noche.

Quizá te deba a ti todo este insomnio,
esta anticipación que miro en el espejo,
esta tibieza mustia en que decaigo.
Me has dejado la muerte por herencia.
Y lloro por los dos que fuimos carne
juntos
en días más lozanos.

EL VIAJERO

Escribo, por ahora, desde este aeropuerto
donde el aire es ausencia y puerta del destino.
El suelo está bruñido por tránsitos y adioses
y escribo ya asfixiado de soledad umbría
después de muchos años que han sido desamparo.

A merced del olvido siempre torpe,
pasajeros remotos recorren las estancias
cuya luz acribilla bancos abigarrados:
ejecutivos nuevos flamantes en sus ternos,
turistas arlequines afanosos
de empecinados rumbos programados,
parejas en deshielo
con la urgencia de amor clavada en la mirada...
Toda la feria humana de vanidad errante y los socios
más tristes, solitarios y oscuros
que guardan su congoja ante un periódico
me acompañan aquí, en hora de partida.

Es una multitud que se despide
en antesala abierta, respirando el vacío
que por aquí dejaron oscuros transeúntes diferentes.
Muy sereno, al borde de la nada,
este tráfico aéreo comparto agazapado
tratando de olvidarme del olvido.
Un airbus moderno pondrá en fuga estas sombras.
Sus modernas maletas hacia consignas raras
portarán los secretos
que una mano guardó en alcoba distante.

He comprado en la tienda algunas golosinas,
un perfume italiano sin impuestos

y he tomado un café sentado al filo
de la inquietud urgente que avisan altavoces.
Mientras, un caballero me lanzaba miradas
proclives a urinario y una excursión de críos
ausentes de sus padres, en viaje escolar seguramente,
me arrancaba hasta el alma en su alboroto.

Y ahora ya me embarcan
sin alma, con un olvido sordo.
Mi aire se hace ausencia y por el suelo
ya vuelan intangibles los adioses.
Cierro mi carta aquí
y me entrego a pasillos vacilante.

LA CONDUCTA INOCENTE
(1997-1998)

Abril

I

Si nombro abril, encuentro
césped verde, un estanque
pequeño con papiros
junto a las cinerarias perfumadas.
El jardín italiano
se vuelve tropical o nórdico
y alpino: ya el almendro
se retrasa indolente.
Blanquea el aire. ¿Dudo
todavía? Si nombro
abril, declaro primavera. Invento
ciruelos ya floridos,
un altar al amor
donde la tarde vieja
oscurece magnolios,
que tú y yo vimos juntos
cuando los días largos.
Olvidé en qué ciudad, pero no importa.
No nieva en el discurso,
mientras la voz se estanca y llueve abril.

III

Pero si digo tiempo, me estremezco
en la nieve cuajada de los días.
Es la invasión del frío
y cierro los postigos y me escondo
al acecho de horas intangibles,
aterido de espanto, junto a un fuego
pobre que ni rescoldo guarda. Solo
como iceberg a la deriva. Solo
como la niebla de la noche. Solo
como un espanto. Entonces
me sitian los recuerdos. Derrotado
destruyo las defensas, los baluartes,
firmo la paz a costa de la vida.
Y luego me censuro y me suspendo.
Por fin abro una puerta. Un aire tibio
recorre las estancias. Cedo a la luz
que alojan suaves vientos
y me empujo a la calle distraído,
porque florece el aire.

XI

Me miro y no soy yo,
quizá corro el peligro de no reconocirme
a fuerza de inventarme.
Y, sin embargo, alcanzo las palabras
sobre los anaqueles del armario
y me filtro en los nombres
como humedad dañina, donde bebe
quien nunca escuchará este rumor ciego.

El espejo

I

Explícale al espejo
por qué su luna es muda
y cuanto allí se cuele
no deja rastro en voz, tan solo en gesto.
Explícale lo cóncavo de todo este declive
donde almacenas horas,
donde quizá si llueve,
no humedecen los charcos tus zapatos..
¡A ver si así consigues que comprenda
la refracción de un mundo
que traiciona su imagen
al proyectar la voz!
Repítele despacio, si no entiende,
–dudo que alcance a oírte–
que tus ojos miraron y no vieron
en tal profundidad y en tanto brillo
los míos inclinados
al miedo y servidumbre.

IX

Aún buscas la verdad
donde impone su trampa lo de fuera.
No aprendes con la brisa,
¡cómo vibra el espejo si se rompe!
Este de aquí del agua,
de la tarde tranquila,
del refugio de fresnos y carrizos,
míralo deshacerse en esa ondulación
que impone el viento.
Los árboles reclaman con la niebla
un rastro triste en el otoño dulce,
cuando a la muerte ceden
tanto color subido, tanto ocre,
tanta luz de amarillos y rojos estragados.
Cuando invade el invierno...
¡Azogue de esperanza!
Proclama aquí tu abril
y espera
a ver si ocurre.
¿Qué espejo te devuelve la figura?
¿Dónde las golondrinas? Las que vuelen
se alojarán en ti y en ti hablará su tiempo.
Pero aún no es abril ni quedan golondrinas.
ni me sirven las voces
ni veo en los espejos desvaídos.
¿Qué son las golondrinas, los árboles, las hojas?
¿El cálamo insistente del poeta?
El rastro de la muerte
o el aire aquel que fue de primavera.

CUADERNO DE OTOÑO
(2002)

1

Al borde de los labios el otoño
cerrado en sus perfiles.

La palabra se incendia
en la rama desnuda,
mientras por los rincones de la voz
una riada crece vacilante.

Si acierta a proferirse ese suspiro
o se estira en la boca como brisa,
cuanto queda en el fondo
es mirada y es robo,
aunque de aire fue acaso.

Y el rumor liberado
en riberas humildes desemboca,
menos frondosas hoy
que cuando abril sonaba.

Así llega el otoño
con sonido de hojas vacilantes,
apenas entreoído.

2

Por eso extendiendo aquí
los campos, los ribazos,
recién estremecido
con el frío primero:
en esta voz efímera.

Hasta invadir las páginas impuras
con un sollozo largo de violines
que no existieron nunca o, si existieron,
apenas encerraban aliento de poeta.

Pero oídllos sonar en la parte de acá
de este otoño escondido.
No me atrevo a mostrar
la herida de sus cuerdas
ni el deseo del arco
en la fricción sonora.

3

Hoy dejo por el parque
junto al columpio inmóvil cuantos charcos
oscuros recogieron mi lluvia.

Cuando aprendí el columpio,
ya era dolor el niño.
Cuando secó los charcos el verano,
el musgo me crecía por la umbría..

De que existió el columpio,
apenas quedan pruebas. De los charcos,
un eco de entretiemppo.

4

Más acá del oído ya se escuchan.
Pero nadie los oye. Al menos eso dicen.
Vienen sonando solos.

Hacen soñar la música secreta
que asalta la humedad
del parque y de las rosas
en el lindero mismo de toda esta arboleda.

Es el murmullo del corazón callado.
Se siente por el pecho.

5

Está en el paso turbio de las horas
la forma del otoño.

Ese nombre de todos
que en mis células vive impronunciable
y se acompasan luego
de aire desvanecido.

Esa respiración que hoy hago mía.

6

No pierdo la esperanza
de un silencio furtivo
junto al estanque helado de los lotos.
Todavía no pierdo la esperanza.

No de los que olvidé
con sus flores tendidas sobre el lago,
más bien de aquellos otros
que coloqué en el tiempo
aún de primavera.

Y tampoco renuncio
a la fugaz pasión de los venenos
oculta en la palabra,
cobijada en las rosas
por últimas que sean.

No digo yo las rosas del verano,
de estas hablo. De aquí,
donde la voz señala.

7

Ahora no concibo
presagios o propósitos
fuera de los violines.
De su herida perpetua.

Dejo salir la luz
y alumbro, si cae dentro,
mientras suena su música.

8

No quiero desunirme.
Tampoco hablar en alto.

Si las hojas susurran
letanías al viento,
bajito yo diré mis oraciones.

Así, casi en olvido,
en este estanque vespéral y turbio,
me mantendré hilvanado
con un hilo de voz
al que se fuga siempre.

¡Seré río sin agua!

9

Donde rozan los labios
la fragancia arrogante de la rosa,
y nace con la voz el pétalo encarnado,
justo en ese desierto
donde llega la lluvia
que moja mi palabra...

Más adentro, quizá, que la semilla
misma del almendro
hundida ya en la tierra,
pues hubo primavera y era blanca
la flor como un recuerdo...

Ahí precisamente
donde se oye el violín
en un solo constante.

10

Busco el viento de otoño
como telón de fondo de un concierto.
Y dejo arder el campo.

No invierto en el paisaje
ni espero la fortuna de otras horas.
Le siso mientras puedo.

Hago aliento la hoja.
Y en ella me abandono a la caída.

Envuelto en hojarasca me dispongo,
no sin cierta aprensión,
a ser salitre húmedo en invierno.

11

No debe haber un fuego por ahora,
Ahí en lo hondo.

Pasan los aires tibios
y se cruzan las horas,
mientras miro los ánades
en el remanso alto de su río, no alto por celeste

sino de río arriba, nada más.
De río en calma solo.

Nadie vendrá a decir
después de esta mirada
que aquí, por aquí abajo, se cantaba
o hubo fiesta de otoño.

12

Se nos echan encima las heladas
y estaba yo pensando
en el ocre encendido de melojos,
porque lo había visto
apenas un momento,
y buscaba en el aire la forma del otoño,
cuando encontré la herida
de los viejos violines.

13

Habrá quien se desdiga en desamparo
aunque lo sienta, y mucho,
al lado del almendro ya perdido.

Y habrá quien reafirme
su paso entre las hojas que ocultan el sendero.
Pero que venga alguien
con renovado aliento a templarnos los ánimos;
que nos venga a decir lo que ha de hacerse...

Y, si alcanza a llegar,
con un eco de olvido su voz será zanjada
por el espacio inmóvil.

Quizá por primavera
haya renuevos verdes en las ramas
y la lluvia de abril lo empape todo.

14

¿Qué roza los carrizos, si el viento se ha parado
y estoy aquí yo solo verdeando?

¿Es la garza al acecho, el galápago oscuro,
o la rata de agua que no quiere invernar?

¿Qué mueve los carrizos
en un noviembre nuevo y cristalino
que se estanca en los álamos?

Tengo la voz huida por las ramas,
me va saliendo musgo en la palabra,
la humedad me consume y hago otoño.

Escribo en mi cuaderno que es otoño,
y no sé concretar en qué consiste
su forma o su sonido aquí donde señalo.

¿Qué suena por lo bajo? ¿O será que no quiero
pronunciar mi mirada donde encuentro la tarde,
porque llego a saber que ahí hace frío?

15

En cuánta confianza veraniega
prosperaron raíces
que ponen en peligro la altura de las hojas.

Y es que fueron al agua
a beber de los ríos.

Y los ríos oscuros
se llevan las orillas cuando crecen
al refrescar octubre y más en primavera.

16

Regreso a preguntarme, y no veo el peligro,
qué roza los carrizos en esta tarde incierta.

Pero, si escribo el aire,
la voz niega en mi piel lo que ella siente.

¿Es, pues, la voz que sola sufre
la caída del tiempo?

Y yo que estoy aquí ¿qué forma tengo?

¿Dirá el viento de mí con su silbido
o dejará en silencio
mi rostro entre sus manos?

17

¿Veré otra vez la luz a través del otoño?
He dicho bien la luz:
¿Qué otra cosa verá quien no está ciego?

¿Y estos chopos dorados sobre la hierba abierta?
Porque son chopos ésos..., con esta luz distinta.
Aprendí a distinguirlos
en manual de tardes y vilanos.

Y serán esas hojas que esconden el camino
la última pasión tendida por la tierra.
¿O es esta luz también todas las hojas?

Y cuando al fin, ya oscuro,
me devuelven las nubes
la luz de otro crepúsculo difusa y malversada
recobra su sentido la pregunta
del niño que hizo charcos.

¿Qué misterio de luz
describe los contornos del otoño?
¿Es aquello su forma,
la razón de su ser en mi pregunta?

18

Tan solo será luz,
la luz cerrada y frágil de la nada
en el aliento tibio de la fronda
de tizón y jilgueros, de currucas
metidas en los matos.

Pero esa no es la forma del otoño;
la que yo siento aquí,
en este espacio mío, puede que sea esa.

Y si la digo yo..., si la dijera al fin...,
¿cómo puedo evitar
la pasión de ese encuentro?

¿Cómo levantar diques
entre la orilla rubia de mi pecho
y ese río que filtra su humedad?

24

Hay puentes que atraviesan perpetuos
estiajes,
por los que ya no cruzan la rivera

paisanos ni guitarras. Y sin servir a nadie,
ni siquiera a sí mismos, se entregan al paisaje
y hacen tiempo a la brisa.

Son puentes sin oficio y sin razón de ser.
Los ríos que salvaron han variado su curso
o sucede que hay puentes más anchos y más sólidos.
Algunos se quedaron sumergidos
en pantanos profundos.

Se divisan de lejos estos puentes pequeños,
de lejos se comenta ¡qué bonito!,
y el mismo comentario es excedente.

26

Este es tiempo de puentes
que perdieron su río.
Me voy a hacer cabaña bajo el arco
y, si vienen riadas,
que se me anegue el pecho
para decir el agua.

Al menos esa voz en que se vaya
el alma del ahogado,
devolverá a mi puente
la razón de su río.

38

Apenas una brisa las arranca
y ya nunca serán verano o sombra.
Un instante las mece:
se debaten en sueños hilados en el viento
y quedan en el barro prisioneras.

Después de amar el aire,
se deshacen del aire.
Acaban en la tierra y al verano siguiente
no están en ningún sitio.

43

Anda un tordo escondido entre
las zarzas

y, cuando paso oscuro
a la vera del río, se estremece,
pero no echa a volar.
Golpea con las alas en las ramas resecas,
zapatea en las hojas y parpadea el río
con la que cae menuda a la corriente
en cuyos ojos miro el cielo encapotado
y las ramas dormidas de los árboles.

Ese tordo me asusta cada tarde,
no con el miedo negro de sus alas
sino con la costumbre que no espera
quien andaba a lo suyo y halla un tordo.

44

Cuando cae una hoja y es otoño,
nadie llora su pérdida, si acaso
algún adolescente enamorado
la guarda en un cuaderno de poemas
donde buscaba otoños más veraces.

Si la hoja es muy grande,
tal vez escriba en ella alguna fecha,
el nombre más querido, o quizá un epitafio,
pero no de la hoja desde luego,
de aquello que perdió y en algo estima.

48

Será cosa de bobos
hacerse el remolón por la ribera,
dejarse la memoria en las azudas
y bajo el puente mismo
silbar la melodía del verano.

Será cosa de bobos
mirar las espadañas con fijeza
y en el reflejo mismo del remanso
donde se oculta el río contemplar
cómo crece el otoño,
como se agrisa el rostro de quien mira.

49

Hay quien prefiere el río y su ribera:
Salirse por la tarde como se sale al cine
y poner el oído y la mirada
en oficio de selva y de gorriones.

Hay quien le busca forma a cada
otoño
y desea guardar en las palabras
el rastro de un perfume,
una pasión de chopo y hojas muertas.

59

De vuelta a la ciudad ya sin ribera,
los cedros imponentes me niegan el invierno.
Los pequeños gorriones, sin embargo,
reniegan de los cedros.
Prefieren la aridez de plátanos enjutos.
Y es el calor nocturno de farolas
la causa de sus trinos comunales.

60

Ilumina las nubes la ciudad
sin el sol ni la luna.
El río oscuro abajo
desdibuja las lámparas
entre las sombras yertas de los árboles.

Por arriba hay un puente
cruzando fugitivo las aguas sin reposo;
pero quien cruza el puente
en esta madrugada tan absurda
lleva bien empapados los zapatos.

61

Es todo negro ahora y temo dar un paso.
Conozco ya el camino,
pero en el borde mismo de mis ojos
averiguo la nada.

Temo más detenerme que avanzar
por esta alfombra virgen de hojas muertas,

En esta pista espesa de silencio que cruje
dejo la noche obrar como si hiciera beso.

62

Es este un caminar de muchas tardes
de ver crecer morones amarillos y malvas diminutas,
que confundieron día y amenaza.

Es un pasar despacio
por cardos disecados, por resplandores turbios
de ríos y de puentes, de alisos y de sauces
con tristeza invisible donde habité muy poco.

Es un ir presintiendo que la historia y el viento
jamás hicieron nido por más que sueñe amor
la rama de este álamo.

Es dejarse olvidar
en el canto sereno de jilgueros
y alondras distraídas.

Es la práctica constante del otoño:
un crepúsculo helado
en la niebla del río sostenido
y por abajo el tiempo de las aguas
y el labio vergonzoso
donde fraguó una rosa nuestro aliento.

LA MAR INMÓVIL
(2007)

(Preámbulos)

1

*¿Adónde te diriges bajo el astro
tan llena tu mirada de horizontes?*

Mas en la voz no amaba y todavía
buscaba con pasión la luz en torno,
la que nunca sucumbe en occidente,
la de rayos perpetuos en la córnea.

No se sabía centro estremecido,
se creía lanzado por fuera de los límites.
Se soñaba en el alba y se embebía
en el rocío dulce de los prados.

Y cruzaba los ríos y las sendas,
las rosas, los zafiros, sin palabras
como un hilo de sol. Vuelto capricho,
practicaba en silencio los objetos.

Y dejaba en la orilla, a cada paso,
estrellas de la piel sin firmamento.
Y era que aquella voz en su inocencia
no amaba todavía. Estaba sola.

Y abandonaba el rastro sobre el río
cortando la quietud cuando nadaba;
delegaba en las rosas sin tristeza
la huella del perfume que allí olía.

Traspasaba caminos hacia donde
se desvanece ciega la mirada
y en el celeste azul ceñía luego
el dulce resplandor solar del mundo.

Y es que en la voz no amaba todavía
y aún no le crecían por la frente
bejucos ni lianas, ni anegaba
su valle el barrizal en la crecida.

3

*¡Ay de los horizontes
Donde cierra el amor!*

¡Ay de los horizontes
donde rompen las olas sin remedio!
¡Qué frontera de espuma
le nubla la mirada!
¡Ay de las latitudes presentidas
más allá de barrancos y hoces grises
y de aquellas remotas latitudes
en la espiral que envuelve los naufragios!

Mas ¡ay, los horizontes inmediatos,
contenidos por muros o jardines!
Ese porche amoroso
de tarde claudicante
junto a la casa oscura
rodeada de selvas en guerrilla...
Se arrancará los ojos prisionero
el amante de australes extensiones
por no ver ese cerco de horizontes,
porque al fin son frontera y son muralla.

Y ¡ay de las selvas tibias junto al porche!
¡Qué vacío de luz dejará la partida!
Aquel porche doliente
cerrado por lianas
donde el tiempo acudía
sin arrimar la tarde.
¿Qué será de la hamaca de aquel porche?

(Los porches)

5

*No grito que desarma
la ronda del silencio.*

Parece el temporal amargo apóstrofe
cuando golpea el viento las ñameras
y la lluvia fustiga a las serpientes
que se esconden ligeras en la fronda.

Silbando entre las hierbas del pantano,
el viento trae clamores de muy lejos,
interjecciones largas, juramentos,
una cenefa gris de ayes y quejas.

El viento pone un ansia en la arboleda,
una congoja triste plagada de presagios,
y las hojas tiritan y lamentan
el tiempo de bonanza ya perdido.

Las ramas menos fuertes no resisten
cuando arrasa con furia el vendaval,
el tiempo de los mástiles partidos,
el monzón con su lluvia de pájaros promiscuos.

No grito que desarma la ronda del silencio:
impulso mantenido, como clamor exánime
que en la noche descubre la crecida del agua
y el lodo en las laderas aún lejanas.

En tanta efervescencia del sentido,
se envuelve toda selva, se colman las distancias
de savia en el exceso y de raíces
que abusan de la sombra y desafían.



Es un cauce violento la humedad que prospera
hasta el término mismo de los días
en la amplitud abierta de riberas,
vigilia de caimanes y amenaza.

Persiguiendo horizontes se vuelve tempestad
el viento de las selvas. Buscando otro horizonte
escondido entre troncos, clemátides, orquídeas,
maleza y corrupción,
se cierne el aguacero en los barrancos.

Y en el diluvio aguardan las serpientes,
acechan los caimanes y se ocultan
con ágiles impulsos los jaguares
en la espesura negra de las frondas.

6

*Firmamento callado donde cierra el amor,
porque en la soledad admities latitudes
y sueñas horizontes,
fractal en cuanto miras,
incluso en el recóndito espacio de los ojos.*

Pero el amor se cierra en torno de sí mismo.
Se encoge en la ceguera, mientras besa;
se encofra entre los labios
cuando entorna los párpados heridos.
Así que está sellado y encubierto
y no existe su mundo,
sino en la orilla misma de las cosas.

Los nombres del amor nada designan,
crecen en el barullo y la agonía
y en ella se distancian de los seres,
cerrando las fronteras en su abismo
que sería horizonte si lo hubiera.

Y en ese limen último propicio a la ceguera,
los árboles sin voz jamás ofrecen sombra,
las montañas sin voz las nieves desconocen.
No crece el horizonte en ese espacio
donde todo el amor se envuelve en serpentina,
porque es cuerpo callado y jubiloso.

Busca el agua barrancos y valles que conduzcan
al mar en un reclamo de luz únicamente
y cataratas halla del cielo descendiendo
en la espiral continua donde habita el amor.

En ese remolino los árboles y labios
no alientan las palabras, se guardan inminentes,

en la antesala quedan silenciosas
donde se encuentran ciegos los amantes,
deslumbrados y ciegos los amantes.
Es coto del sigilo el curvo territorio del amor.

El tacto de la piel abrazos predispone
y en el instante mismo del encuentro
se desconoce el mundo o no hay abrazo,
sino gesto baldío sin respuesta,
gesto que crece muerto como una tolvanera.

La evidencia de amor niega todo horizonte,
porque cierra la boca a la esperanza
de perpetrar el mundo en el aliento,
de señalar el mundo, ajeno a toda selva,
de devolverle al aire la creación completa.

Conque sella el amor los horizontes.

7

*Y se sentó en el porche aquel amante
a acariciar los bucles de la amada
y a dejarse envolver en su caricia.*

Tan callado se halló sofocado en el porche
aquel niño perdido en horizontes,
el que quiso inventar todo horizonte,
cuando cerró el amor con cerrojos de acero
la puerta, las ventanas donde crecía el mundo,
los verbos insumisos de las rosas...
Y se quedó sentando a desbrozar los siglos
en medio de la selva sin fin, sin horizonte.

La selva creció tanto con la lluvia
que construyó su porche aquel amante
con tenues mosquiteros.
Justo detrás del porche preservado,
la casa fabricó
al borde de las hojas y la selva.
En la segura orilla.
En vendas arrugadas convertía
la muselina exánime
aquella funestísima humedad.

Se frotaba la noche entre los muslos
aquel antiguo amante de horizontes
y un escozor ardiente y consentido
abría por la piel llagas voraces.
Y se sentó en el porche aquel amante
a contemplar la selva, su envoltura,
pero olvidó la selva y las serpientes
y desoyó el rugido de jaguares.

Y en tanto estruendo, sordo y silencioso,
negó el amante aquel el ansia de horizonte,

cosiendo con lianas la fuerza de los labios.
Sembró de olvido fiel la lluvia y los deseos
y a la humedad caliente del abrazo
cayeron en la noche poco a poco
los silencios dolientes donde vivió la luna.

9

*Dormitaba el amor,
Cuando soñó el amante.*

Cuando duerme el amor,
Acechan en las selvas los jaguares.
Para el llanto fraguar
Encógense y se ofuscan.
Y así crece el peligro del amante
por culpa de un suspiro que somnoliento exhala.

En la maleza rondan, se quejan y se ocultan
con la codicia firme de la sangre,
sus fauces entreabren
y muestran sus colmillos por culpa de un suspiro
que al aire se le fue.

Aguardan los jaguares, donde la selva acude.
En la noche del sueño desesperan
y el amante invadido, aún inconsciente,
de la tensión que reina entre las hojas,
dejó crecer la voz en un sonido errático.

De manos y de besos anegado,
en la vaguada hueca que separa
la linde del deseo y los arroyos
más turbios del amor, por la hondonada
del sueño neblinosa,
al aire dejó ir el aire de un suspiro.

Selváticos sus ojos se volvieron,
jaguares encelados amarillos,
y apenas hizo voz,
cuantísimo horizonte va naciendo
de la sentencia triste del amor:
Toda la periferia se le abría.

10

*¡Las selvas o los porches! Los jaguares.
Los porches sostenidos por el sueño
en la humedad caliente del amor.
La tempestad que azuzan los jaguares.*

Cuando el amor se cansa
y se sienta a la orilla
del río más hermoso, bajo mangles,
a fumar hojarasca, casi seca,
de olvido viejo y ciego,
de magia arrebatada...
Acaso, cuando invade
los porches del amor
un ansia de horizonte,
vuelve a la luz liviana
del helecho, al crujido
tranquilo de la hamaca,
un viento de deseo.
¡Los porches del amor!

Cuando la soledad golpea
la confortable hamaca en compañía,
las briznas de la hierba,
los troncos asfixiados de las yucas,
los fragosos y tímidos senderos
se abren al deseo
y al escombros el amor.
Se forman polvaredas
sobre el calor salvaje
y asciende la neblina
y acaso entre la bruma
se advierte el horizonte.

11

*Cuando invadió la boca
La tempestad de voces,
Los porches se quedaban
Funestos y sombríos.*

(La despedida)

12

*Mira si estallan altas esas olas.
Mira si ciegas aves vaticinan.*

Lo decía la voz que huía tanto, tanto
que se le fue la lengua por los mares
al despertar azul el eco del océano.

Lo decía la voz que alimentaba ideas
en el salitre sucio de los mangles
y luego fue a secarse por las dunas.

*Con el llanto enganchado a las paredes
se le vencen los rizos a la amada..*

Por la puerta que daba hacia el destino
la espalda de la amada se perdía
al fondo de jardines sin geranios.

Sin geranios ni risas ni claveles
cayendo en cabellera por la espalda...
La mano efervescente sin cintura.

En las aves abiertas, los sollozos
que dejaban la tierra alborotada.
¿Lo decían las aves o eran voces?

Los anunciaban los ojos y los ayes.

14

*Que se le va el amado
a la mañana
y arde la aurora sola.*

Con el costado abierto y el reino alborotado,
las rosas le crecían a la aurora
y el amarillo limpio al horizonte.

Mas ya nunca olvidaba la belleza
de aquella construcción,
la gloria de los pórticos,
la dulzura silente en la hamaca
y las sombras doradas de jaguares
que anticipaban dientes y mordiscos.

Le pareció una alondra que silbaba
y era una pluma apenas sostenida
en resplandor de sueños.
Señaló con la voz
su vuelo y su inocencia.

Y olvidó los barrancos del amor.
Ya no vienen sus pasos y no vienen sus besos
tras de aquellos sonidos, ausentes de geranios.

Se abrieron las orillas, las nubes innombrables,
porque son sueño y onda de aves negras,
de cóncavos navíos sobre el profundo mar.

Se abrasaron los días en zarzas incendiadas
donde sonó la voz.
En el delirio blanco de la espuma
que rajaba la quilla,
Se rompen sin remedio desoídos
los sonos de la alondra sin sirenas.

15

*En las aves abiertas al futuro
que llegaría nunca,
allí fueron creciendo las palabras.*

No en el médano abierto ni en las selvas,
por donde fue la nave a su destino.

Porque rompen las olas sin remedio,
porque el viento se aleja sin remedio.

Para horadar las dunas y remover las selvas,
se atormentan las olas, la palabra,
el viento, la palabra. Por remover la selva...

16

*Y atrás quedaba ella cavilando
como una tarde lenta
con el divino fresco de la brisa
y la estrella salobre de la noche,
su brazo levantando.*

Lejana y toda manos, a falta de pañuelo,
agitaba la selva desde el porche.
agitaba muy tierna su brazo levantado.

Pero se fue el amado
y acaso iba cantando entre las olas
a poner vaticinios en boca de las aves,
a recortar el blanco de la nube.

*A la nada, hermanita, que vamos a la nada,
a vocear la calma de toda pleamar,
a desandar el paso de los truenos.
a ser sombra del sol a mediodía.*

O a quedarnos sentados como un niño
de cobre con su espina clavada.
O a barrer para adentro el horizonte.
O a embobarse en la espuma.

*A la nada, hermanita,
que me voy a la nada
y ya borra mi huella
carnívora la arena,
antropófaga el agua
como una maldición.*

17

*Que fue a comprar cerezas
a los puertos
y se dejó a su niña
en la espesura.*

Los que ya recogéis las caracolas,
los que ya no sonáis las caracolas,
por los ojos del aire decidme la respuesta,
porque digo vosotros y no os veo.
Porque digo vosotros y no os veo
¿dónde cabrá más pecho a la esperanza
abierto, como a la sangre abierto
y a la espiral abierto y a los pozos?

Quando bebéis el ron y no bebéis la selva,
os sabe el paladar a musgo de manglares.
Quando cantáis canciones de amadas y de barcos,
dejadme reservada una palabra.
Dejadme una palabra vacía por si acaso
me devuelven mi carne las sirenas
y el eco de mi carne las montañas
y el amor de mi carne los médanos callados.

Los que ya estáis seguros en la playa,
los que ya no teméis la brisa cenicienta
que extienden por el mar las noches arenosas
o el errar de las voces por las playas,
si el mar me levantaba por encima
del tiempo, en ola a ver
qué mensaje esperar de garzas plateadas,
devolvedme la llave del regreso,
si vi, pero no vi nombre y sollozo,
como una aparición en la salina.

18

*Que no rozó la ola,
que nada la rozara.*

Se fue a buscar los peces del olvido
aquel antiguo amante de la selva
al borde del lugar que traga el tiempo.

Y ella se fue quedando muy pequeña,
toda vida y desnuda, si bien triste,
donde rompen las olas que hace el llanto.

¡Ay del navío aquel que no halló cala!
No vayas por sirenas ni por besos,
le dijeron, después de la quebrada.

(La navegación)

19

“No me voy como huido...”

A Claudio Rodríguez

¿A qué noray, patrón, ponemos rumbo?
Ahora cruje el casco del navío
con el ímpetu ardiente de las olas
por la negra extensión. Es alta mar.
Y se abre la espesura del silencio
delante de la quilla, pues se ceba
el viaje en la bordada y un peligro,
de súbito traído por el viento,
devuelve la ardentía que en los labios
surgió con la marola.

¿Adónde va, patrón? ¿A qué noray
el guincho guía el barco? Fueron voces
las últimas riberas sin atraque.
Allá, los buenos puertos de honda cala.
Por la quietud sonora de la espuma
el corazón casero, enarbolado,
al paio queda ahora en soledad.

A un muelle sin noray nos dirigimos
cruzando la sustancia de la niebla,
y, ante la incertidumbre del naufragio
que acecha en arrecifes sumergidos,
cantamos la canción. Quizá soñemos
el júbilo apacible de una rada
en un atardecer equinoccial:
horizonte de luz, faro prohibido.

20

En la desolación del viaje vesánico
el alisio nos fuerza a la bordada.
Un escollo amenaza clandestino
Bajo el ardor sin luna de la masa.
Barrenados de vientos los faluchos
anhelan arribajes. En el azul ceniza
que invade y ciega el aire casi líquido,
la faena de luz, lesiva en tanta noche,
en la quilla dispone el rumbo de los puertos.

21

Por ahora gobierno el corazón
y poseo el dominio del iris y del gesto.
Al timón se propone un rumbo no pactado
y, no obstante, en la quilla el azar me sorprende.
No podría ignorar las trampas del destino
y sé las tempestades
que en empedrados cielos se avecinan.
Algo más viejo soy y mucho he ya remado
en la espuma dorada del crepúsculo
y en los confines rubios de la aurora.
Ha llegado el momento de ver, sin sentir miedo,
esos pájaros huecos de pluma inhabitada.

22

La consigna y la barra los prácticos conocen
y entre el vaho que la calma invade de amarillo
visibles son estelas expertas de arrecifes.
Lunáticas las proas se alinean ancladas
y una red teje el aire con obenques y palos.
La luz es más liviana y parece que sueña
con bateles varados en playas imposibles.

25

Lejos, en la escollera, cerca del arrecife
¡qué faro prodigioso retiene el pulso firme
de los pilotos jóvenes!
Quien orienta la luz, ¿también llora en la estela
que marcan los navíos?

Cerca de la escollera,
donde el faro vigila todos esos timones
que se amparan muy frágiles
en el límite dulce de los muelles,
hay úlceras de luz y sangre de horizontes
ardiendo sobre el agua.

Cerca de la escollera,
rumia la lluvia verde en los sillares
y pasan los esquifes, las chalanas
que faenan muy cerca de la costa.
Con tanta suavidad dividen superficies,
que aquellos marineros
desatienden el rumbo de sus proas
envilecidos de tanta certidumbre.

Cerca de la escollera, en la garganta ahogada,
en la retina turbia y en los labios,
hay quien busca encendido
el rostro del amor, pero no halla los ojos.
Algún líquen escala por las piedras,
cuando se abate el mar
y una brisa suavísima trastorna
los insomnios con campanillas fieras
de aluminio:
Contra el mástil helado,
los cabos de los buques de recreo.

(La mar inmóvil)

29

¡Que no se entere amor que estamos los dos solos
y ajenos y en servicio!

No quiero que parezca que te amo.

Ni que ciego traduzco la carnaza
de este verbo salado de saliva.

Porque el amor se sabe de memoria.

Y de memoria yo no estoy contigo
y me desluce el aire la memoria.

¡Que no aparezca amor por ningún lado!
y vamos a quedarnos aquí solos

con el cuerpo en las manos como antaño,
y las manos atadas en la sombra.

Si ves venir a alguien da el aviso
porque el cielo se esconde muy deprisa

cuando ronda la gente en esas calles

o se vuelven calvario las paredes,

que arrancan la vergüenza a las mejillas.

Los portales se llenan de miradas,

de rincones sombríos y de humedad dañina.

Si no puedo mirarte ni siquiera,

me sobra hasta la selva plagada de jaguares
y me revuelvo en viento.

Me hallo a tu servicio y ajeno y hasta ufano

y vivo en un domingo perpetuo de vigilia

y de tardes dolientes, no azules ni amarillas,
rabiosas, extremadas

como besos que no hallaran destino.

Porque no debo amarte y eres cuerpo,

porque no quiero amarte más por esas calles

ni en estos arrabales escondidos
ni en medio de la mar de los silencios.
Porque no quiero amarte del luto que te viste...

Para que nadie diga que estamos aquí solos.
Para que nadie diga que andábamos amándonos.
Para que nadie diga jamás en el amor
o nos convierta en porche sin sonrisa.
En estas selvas turbias de anhelos embebidas
no voy a estar contigo, porque ya somos solos.

¡Disimula tu cuerpo entre mis manos!
que nadie nos contemple y así sea innombrable este
deseo,
aunque llegue el olvido y nos haga horizonte
sin punto de partida.
Yo guardaré las manos por tu cuerpo,
donde nadie las vea.
Ni a ti tampoco vean ni a mí me vea nadie.

Ya demasiados días me escondo entre las yucas,
ya demasiado juntos estamos aquí solos
y nos crece el amor fanático de límites
y se cuele en los besos sin costumbre
la humedad de las selvas
como esta tarde ruin se mece entre dos soles.

Y me da tanta rabia buscarte en otro porche,
Perderme en horizontes cargando aquella hamaca.

(Epifonema)

33

Aunque fuera a traición
dejaría en tus manos
la caricia de un cuerpo,
en tus ojos la duda
de tantos horizontes,
en tu pecho la trampa
de esta selva tan negra.

Pues presiento
que sobran latitudes y navíos
y siento la humedad
en mis huesos rendidos.

Aunque siempre a traición,
dejo en ti mi mirada,
bajo tus ojos presa,
como víctima dejo
toda la comunión de los jaguares.
De soslayo verás
que todo era real
y la selva era cierta.

Pues presiento
que sobran latitudes,
ya no ambiciono puertos
ni impulso la verdad
en más navíos.

En tus ojos que nunca me abandonan
y son pozos de olvido,
voy a dejar que lluevan los monzones
y germinen bancales de ternura.

Pues presiento que sobran latitudes,
vamos a navegar en esta mar inmóvil.

Por si se alzan terribles las otras latitudes,
vamos a navegar por esta mar cerrada,
cercada de horizontes.

Vamos a navegar en esta mar inmóvil.

En tus ojos que nunca me abandonan
me crecen horizontes y mares navegables
y en tus ojos que son pozos de olvido
también atisbo al fondo las otras latitudes,
aquellos ventisqueros de la infancia,
las celosías tórridas y el simún de veneno
de toda la adolescencia consumida
y el viento en juventud. El tiempo muerto.

Por si crecen las otras latitudes
y roncós los jaguares no hallan celo
y en todos los barrancos sucede el estiaje,
por si crecen las otras latitudes
que no estarán jamás en la memoria...,
a inventarnos la mar que navegamos,
a inventarnos la mar en esta selva,
a ser, amada mía, nada y voz.

En ti deajo mirada,
el agua queda en ti.

Pues presiento que ya no sobran días,
cantaré con tus ojos en humedales negros
toda esta mar inmóvil.

BLANDA LE SEA
LETRAS APÓCRIFAS
(2010)

Adonde, por lo menos, cuando oprima
nuestro cuerpo la tierra, dirá alguno:
“Blanda le sea”, al derramarla encima.

Andrés Fernández de Andrada: *Epístola moral*

No quiero una palabra transformada en sudario.

Máximo Hernández: *Matriz de la ceniza.*

¿Oyen los muertos lo que los vivos dicen luego de ellos?
Ojalá nada oigan: ha de ser un alivio ese silencio...

Luis Cernuda: *Desolación de la quimera*

HÖLDERLIN A LA PRINCESA DE HOMBURG AGRADECIÉNDOLE EL PIANO QUE ELLA LE REGALÓ

Gracias a usted, señora, y a su regalo espléndido
vuelvo a apreciar las ágiles espumas del crepúsculo
hilvanadas en oro y en violeta sobre el mar de la música.
Asisto menos triste al ciclo de la luz, cuando la fronda mece
el céfiro sereno, y celebra mi espíritu,
mientras suena el piano como un adiós en eco,
la fortaleza mansa que en las aguas sombrías del otoño
el Néckar vuelve ancho después del estiaje.
Alcanzo el entusiasmo nuevamente ante el marfil brillante
donde mis manos buscan caminos imposibles
justo en el borde oscuro que la presión del dedo
deja al sonar la nota. Y acudo cada tarde a ese teclado
con la esperanza lúcida de quien debe olvidar,
no el estanque que habita de soledad tan densa,
sino la consabida vileza de la carne,
el nombre de las cosas, el filo sin huida del silencio;
y todo por negar, si en el negar cupiera alguna dicha,
el miedo que mis prójimos me guardan, sus críticas terribles,
la doliente verdad de cada ser humano
que halla en el otro excusa para cebar su angustia.

Seguramente cansa a mis vecinos
mi celo pertinaz y desbordado
al trajinar las notas. Se me queja el casero,
no del sonido alto, sino de mi afición a repetir la pieza:
treinta veces y más ensayo su sonido. La misma partitura
con el ardor de un niño reviso cada tarde y cada vez
resulta diferente. Varía su sentido y en mi cerebro bulle
el discreto entusiasmo de saberme distinto en cada instante.

La olímpica ladera vuelvo a subir sombrío
como un Sísifo errático de notas musicales
y acudo a mi memoria para encontrar los versos
que antaño yo compuse. ¡Qué suave navegaba
mi juventud dichosa en su goleta frágil por entonces!
Ahora recupero en esas voces que grabé en el fulgor de los
poemas

resonancias no oídas, algún extraño eco.
¿Era mi yo presente quien entonces me hablaba
para que en este tiempo me encuentre yo conmigo?
Paso el rato, feliz, canturreando,
prestándole mi aliento a los seres que nombro,
robando en las palabras retazos de otros hombres,
mientras suena la música que yo mismo interpreto.

Confieso que he cortado algunas cuerdas
de su hermoso piano, una joya perfecta de sonido.
Sabrá usted perdonar las cosas de este viejo:
en hora tan precaria, muy pocas necesita
quien interpreta un mundo tan estrecho.

DE JHESU A JOHAM

Mi muy amado Juan, preveo que esta empresa no ha de durarnos mucho. Acucia el tiempo agudo y siento ya mis fuerzas desfallecer gastadas, no del esfuerzo largo, mas sí por cuanta trampa estéril me tendieron, por la traición perversa de los míos, por la agonía lenta de esta lucha que vine a hacerle al miedo con la luz del sentido. Alegué cien razones. Todas ellas entregaban al hombre una idea sencilla: “El bien que tú deseas repártelo en tus prójimos”. Tan sólo se ha escuchado cuanto surte interés en poderosos: lo que calma el dolor de los que siempre sufren en la miseria oscura, a un dios aclimatados. Parece, sin embargo, que yo, corto de miras, olvidaba la entraña de mis propios congéneres y el curso ineluctable del Jordán. En el desierto amargo, los sabios me dijeron: “Detente aquí. A la palabra justa renuncia y en silencio desiste de los hombres. Retírate de ellos, incluso de ti mismo ponte a salvo”. Ningún caso les hice.

Venía yo a ofrecer una imagen más grata de la costumbre humana borrando a los *cañes* de la faz de la tierra y no con la violencia sañuda de la espada. En mi mano tendía una oferta neutral de equilibrio y descanso, de inteligencia firme, de acuerdo siempre vivo que habéis llamado amor. En cuanto llevo dicho, era simple el mensaje: que el hombre fuera el dueño de su propio destino,

que el terror descargara de sus hombros tan débiles,
que mirara la vida como quien va de viaje
y, sorprendido siempre por todo cuanto pasa,
viera en la luz un signo de dorada alegría.
¡Ay, los lirios del campo!
Quería que el camino discurriera seguro,
no en la tupida selva, de fieras infestada,
de bandidos, oscura y maliciosa.
Torpe fue mi esperanza. Me queda poco tiempo.
Veo a mi alrededor la desbandada. Sabido es ya de todos
que la asamblea aguarda apenas una excusa
para lanzar la ley como un ultraje
contra el hijo de un hombre que soñó el ser humano.
Me parece, querido, que acaso haya alcanzado
la línea del fracaso, como todos aquellos
que gastaron su tiempo en utopías y tengo muy por cierto
que cuantos me ofrecieron su ayuda en otra hora,
porque vieron en mí a un líder carismático,
me volverán la espalda cuando arrecie la suerte.
Por más que yo expresé con claridad mi pensamiento,
oyeron solamente sus querencias,
atendieron tan sólo al odio en sus gargantas,
a la ambición cerrada por la íntima codicia,
al miedo solitario.

Vigila tú si acaso uno de sus esbirros
se apropia de mi verbo –suelen hacerlo siempre–.
¡Sepulcros blanqueados revestidos de luto
que suntuoso impone respeto a otros mortales,
repetidos como langosta mala
en toda sociedad y en todo tiempo!

Porque te sé tan joven, te pido sólo a ti
que cuides del mensaje y no pactes jamás
con quien dirá por mí lo que debí decir,
pero no dije.

DE MIGUEL DE MAÑARA A FRAY GABRIEL TÉLLEZ

¿Qué queda por hacer? Ver repetido
el rostro cabizbajo de los días,
cumplir la ceremonia de vivir.
El rito ejecutar de la expulsión
cansina del aliento, la absorción
inmediata sin tregua, fatigosa,
del aire empantanado en el presente.
Y en ello, ¿la esperanza? En ese ciclo
cifrar el nuevo instante, su sorpresa,
reiterando el suspiro sin alivio.
La inhalación del tiempo se ha hecho tedio.
Me quedo acurrucado respirando
y paso la mañana en duermevela.
Luego llega comer, un ejercicio
que, admito sin vergüenza, me cohíbe:
pone a prueba mi encía dolorida
para sufrir más tarde ese proceso
furioso del estómago, embarazo
que al aposento me retrae a solas.
Y al filo de dos luces, cuando cae
en la nada la penumbra desasiendo
de todo, lo real, y, enrojecido
el aire, solo el miedo al desamparo
maltrata el corazón reconcomido,
respirar, respirar a duras penas;
y en ello, ¿la lujuria?

Me ofrezco dos opciones: la cristiana,
que es sufrir con paciencia el día inútil
y, en los ratos robados al reposo,
escribir mis memorias ilustrando

con todos mis excesos la mentira
de un arrepentimiento camuflado,
pues nunca sentí pena en el amor
ni tristeza ante el juego, ni siquiera,
temor a la camorra. Mi abandono
—como el Guadalquivir a la ciudad
más bella entrega el frío de su olvido—,
lo fue en sentido estricto de mis fuerzas;
y la invasión sin freno de los miedos
determinó el declive de aquel hombre
que en plena juventud no escatimaba
pasión al labio, entrega al vino, ardor
al naípe, valor al toro, bravura
a todo aquel que sin respeto hablara.
Relataría, acaso, que fue el alma
entregada a platónica renuncia
y que en amor sublime mis cartuchos
quemé cuando la pólvora no ardía.

Mas la segunda opción es abandono:
dejarme acobardar por la amargura
que el sueño de los días embaucados
y el insomnio en la noche me tramitan
y comerme con rabia más purés
y respirar,
de nuevo respirar, sin más motivo,
que conjurar el miedo y la sonrisa
perversa que me aguarda: y respirar
y respirar el aire que a ser vana
condena mi existencia diminuta.

DE GIULIANO DELLA ROVERE A JUAN DE MEDICIS

Quando la muerte estrecha el cerco de su abrazo,
urge aceptar su beso sin destapar el grito,
negar la turbación,
si la mudanza admites. Vivir con compostura
la ausencia anticipada se exige a los más fuertes;
ni siquiera los necios ignoran, sin embargo,
la consunción del tiempo, el estertor del día
y, aunque la nada nieguen en su ignorancia torpe,
su escalofrío atrapa las penúltimas fibras
en que se huela el gesto. El cambio que ahora debo
digerir con paciencia –al menos con paciencia,
cuando otro me contemple– te lleva a ti a mi silla.
Ese será tu triunfo. Y habrá finalizado mi tragedia
sin grandes aspavientos –espero que los médicos
sepan obrar su oficio–. Por fin tendré un descanso,
si el Creador estima que merecí la paz –si existe Creador–
después de tanta lucha. A su abandono dejo
mi eternidad segura; al menos merecida como trueque
en el serio ejercicio que por su nombre hice.

Los ritos ya cumplidos, tus hábiles gestiones en el cónclave
pondrán un nuevo papa al frente de la Iglesia,
no sólo de esa grey hecha de celos,
proclive a la herejía, desmembrada y exhausta,
también de cuantos hombres quieren borrar en Dios
el pánico, la angustia, la sed y sus miserias.
¿Es responsable el jefe de quien, cobarde, cede la gestión de sus
horas,
tan sólo por promesas de extraño cumplimiento
más allá de los tiempos? Te lo pondrán difícil,
aunque la trampa acepten. Hacia ti miran todos:

la ambición de los príncipes, la intriga de prelados,
 el gesto libertino del hereje, la sumisa tristeza
 de quien lo suyo sufre. Ardua será tu senda
 de hacer bien a los hombres. Te insto a que administres
 con discreción y celo la palabra de Cristo y su misterio.
 Será tu cometido más urgente; no sólo las finanzas vaticanas,
 el depósito en oro, la inversión en espuelas y en espadas,
 si se hace necesario. ¡Hay tantos enemigos!
 Límitate al concepto sin desdeñar el arma
 de la letra pegada a su sentido estricto. Y estrictamente, a raya,
 somete la soberbia del que se cree que piensa,
 pues el pensar humano empuja a la razón a vislumbrar la nada.
 Allí se vuelve espanto cualquier razonamiento,
 deseo furibundo el crimen sin pecado.
 Acude a tradiciones y practica sus ritos,
 ofrece garantías de tus actos con pompa y esplendor
 en ceremonias, en hábitos bordados, en olores divinos
 de flores y de ceras, de maderas muy nobles y resinas.
 Cualquier jefe ya sabe que la plebe precisa
 sentirse muy pequeña ante quien ha de darle
 razón a su destino por infausto que sea.
 Sabrás no escarnecer aquellos días, cuando vivía el hombre
 que fui, con el silencio, si el peso del escándalo salpicara mi
 tiempo.

No conviene a la Iglesia esclarecer errores,
 si quien los cometía era el padre supremo, el vicario de Cristo.
 Expondrás tu papado, de no hacer lo que digo,
 a todos esos vientos que su ruina persiguen.
 Por mejorarte tú a ojos de los fieles,
 propón ligeros cambios en las formas, alienta cofradías,
 eleva a los altares, si es preciso, una legión de mártires,
 algún profeta pío fallecido hace tiempo, de alguna secta amiga.
 Advierte que enemigos has de hallarlos más dentro
 que desean el solio y proyectan intrigas.
 Tu cocinero, fiel; y tu médico, amigo.

Dejo instrucción expresa de que a tu mano llegue
esta carta macabra,
cuando ocupes el cargo que fue mío,
hecho yo dispersión de vidrios fragmentados
en cuya arista infiel brillase la memoria todavía.
Quede oculta por siempre,
destruye el pergamino en que te llega,
arroja sus cenizas en el Tíber;
y en tu oración diaria, elabora despacio,
como teje el gusano su capullo seguro,
tu gloria con firmeza.
Mas, si fías en Dios la providencia,
entregarás tu herencia colmada de penuria.

DE ALEJANDRO A ARISTÓTELES

No puedo serte fiel en este instante.
Ni quisiera tampoco hacer reproches
a la discreta luz que me mostrabas,
cuando el mundo en tu orden se rendía
a la razón humana sometido.
En estas horas bajas en que yazco
postrado por la fiebre, censurarte
seguro paliaría el desconsuelo,
no ya de despedirme, acaso de saber
que en almenara al viento sin designios
de una nube fragüé la certidumbre.

No me asisten los dioses en el paso
y mira si hubo dioses a la orilla del Éufrates.
El sumo sacerdote me administra
las palabras rituales según uso
y quema tanta mirra que me ahoga;
mas sabemos los dos que es necesario
el trámite de cara a los ignaros
que endiosarán mi ser en pocos días,
sin ser más que palabra mi memoria.
Me toca ya morir y no combate
esta sed que socava mis entrañas
tu ciencia prodigiosa: cuanto observo
desiste de ser yo en esta mirada:
cada gota de lluvia colmar puede
la nada, cuando cabe vivir tanto
como el sentido dicta; pero ahora,
cegados mis sentidos por el mal,
me corroe un vacío el firmamento.
Y, aunque el dolor me agota, en él encuentro
la única razón de seguir vivo.
¡Qué triste es ser dolor por no ser nada!

De dos padres nací: de aquel que puso
su esperma, enceguecido, en el lugar
exacto y de quien su palabra –fértil
aquella tierra– sembrar supo también.
Fuera la carne sola sin sentido.
Si a Filipo le debo cobrarme todo acción;
a ti te debo más: saberme todo ser.
Bien aprendí a vivir; altas escuelas
y buenos padres tuve de la vida.
No tengo padre, ahora, de la muerte
ni maestro me dicta una lección de ayuda.
Me encuentro solo aquí como un fracaso
y en esta hora ya límite, en el borde
de los días que me serán ajenos,
no sé cómo cesar sin abrumarme.
¿Por qué no me dijiste –acaso no sabías–
que a morir no se aprende y su ejercicio
se ejecuta una vez sin más ensayo?

DE GEORGE GORDON A HOBHOUSE, SU ALBACEA

Yo grabé con navaja sobre el mármol sagrado
las letras de mi nombre para el tiempo futuro.
Y allí, en el cabo Sunion, en la columna dórica,
de Poseidón el templo formidable,
dejé la estela firme de mi paso
arañada en la piedra.
Byron verán los venideros hombres:
lo asegura la mano de Byron arrogante.

Para agitar las olas, allá abajo,
concurrieron los vientos encendidos
en torno a un capitel abandonado
que rodó la ladera hasta la espuma
y mis rizos morenos recién humedecidos
por la humedad marina envolvieron mi frente
en un salvaje ardid de pasión y gemido, pactados con el ábrego.
Era el marco exquisitito de un poeta.
Volvime entonces Lara y todos esos héroes
creados por mi ego a su imagen soñada.
Como lo hiciera un niño en su pupitre,
vine a dejar constancia en las costas de Grecia
de mi existencia prófuga, como si en el futuro
se fueran a olvidar de todo cuanto he escrito
los necios y los sabios por igual;
y venciera el silencio dilatado
el aliento vital de mi palabra.

¡Me fiaba muy poco del milagro
que conjuraba el verso a ser amor
volcado en una exhalación del aire!

Y por ese motivo se me hizo imprescindible
avalar mi discurso con los datos
que el buen historiador sabrá seleccionar de mi recuerdo.
El genio en libertad arrastraba mi voz
por tierras nunca holladas y yo de mi vergüenza
de adolescente inválido quise hacer la bandera
para afrentar a otros, también
de la violencia altiva de mis músculos,
de la rabia severa de un discurso distante y altanero,
del juego libertino que bauticé enseguida con descaro
acontecer fatal de mi existencia.
Acaso me admiraran, pero era insuficiente.
Yo exigía la guerra en cada acto
contra el vulgar harapo de los pobres
y la solemne mueca del burgués.
Iba así elaborando mi clara biografía
en el brillo sin mérito de hacer de los caprichos
una excusa que alzara a la palabra
más allá de sí misma.

Y me he quedado solo,
construyendo mi imagen en el vidrioso azogue de un Narciso,
en la sima siniestra del deseo,
en tanta libertad que me ha hecho mella
y el corazón su mácula ya muestra en el cansancio.
Me envenena la sangre, no mi riñón enfermo,
mi propia estupidez que nunca viera
que la vida no exige ser látigo ni vara,
sino dulce desdén ante el error ajeno
y un esfuerzo sagaz para ordenar el caos
donde claudica el hombre, igual que hago yo ahora.
Siempre será un absurdo
inventar una imagen de semblante perfecto,
el modelo de un hombre que metí en mis zapatos
con tanta ostentación como creí posible.

He vuelto, en fin a Grecia, para salvar a un pueblo
de la opresión tiránica de otro;
y me mata la fiebre sin haber peleado.
Terrible paradoja en que fallezco:
desnudo como un hombre nadé contra corriente
bajo la noche a solas, y recogí el veneno
para una muerte absurda a la luz de la luna.
Tarde pude entender – comunícaselo
a cuantos ofendí con mi soberbia errada –
que mi contradicción era la máscara
de una verdad oculta incluso para mí.
Es hijo de sus obras el imbécil,
igual que de su ruina el sabio altivo,
pues no hay más salvación que ser silencio
ni más consolación que hacerse olvido.

Dejo constancia aquí
que no viví batalla
y es tumba Missolonghi de este soldado inútil.

DE TERESA

¿Puede fundar la voz una morada,
un albergue recóndito para acoger a Dios
y el alma de una monja?
¿Puede decir mi voz y hacer espacio
en que quepa el amor, el miedo, la tristeza?

Me he pasado la vida amueblando rincones,
cubriendo las paredes con tapices,
organizando el mundo en las cocinas,
aderezando platos y cántaros y artesas,
y sólo por formar con las palabras,
como se crean casas de oración,
un solar para todos, un huerto sosegado,
una vigilia dulce donde encontrar la calma
donde negar afanes, esperas y deseos...

No puedo releer aquellos libros
con el alma plagada de entusiasmo con que fueron escritos.
Los tengo aquí delante. Rebusco entre sus párrafos
un cuartito pequeño donde alojarme ahora.
¡Tan poco necesito! Una camilla tosca sin manteos,
sin brasero siquiera, un taburete cojo
y acaso una yacija
para aliviar el peso de mis piernas.
Y todo mi discurso me deja en el desierto,
me deja abandonada,
como si fuera el tiempo un triste encantamiento
que separa a los hombres de sí mismos
y en medio deja fosas terribles, abismales,
que no cruza la voz que lleva la palabra.
Los ecos de los ecos..., mas la emoción no vuelve.

Si estaba Dios allí, si Dios estuvo
y en aquella pasión
me quería morir por que durara,
no sienten ya mis manos su caricia
cuando en mi celda leo ya sola, sin espías,
el revuelo que armó al devorar mi cuello.
A la orilla del Tormes que me lleva,
me pregunto si acaso tanto fuego encendido
no creció en las palabras solamente
que acudían al labio para incendiar el tiempo.
Y queda en esta incógnita prendida
la razón de mi ser, la luz de mi destino.

Dejemos todo así. Que cada cual advierta,
si acaso anda advertido, lo que de sí calcule
hallar en mis palabras.

Lo que escribí ya está, como mis ojos torpes,
en la ceguera dicho y yo no añadido nada.

DE BALTASAR GRACIÁN A LORENZO GRACIÁN QUE FIRMÓ CASI TODOS LOS LIBROS DE AQUEL

Ha olvidado mi piel el tacto que acaricia
a fuerza de ser frío en mi trato con todos.
Puede que no tuviera que olvidarlo; sin duda, no se olvida
lo que no conocimos ni en la infancia.
Es invierno y contemplo el Moncayo entre nieve;
me invitan a admirarlo, mas la emoción no asiste
o yo no sé encontrarla. No obstante, a cada rato
me llena todo el cuerpo un humor melancólico
que consume mi carne aún más que los dolores.
En áspero sonido crece el cierzo y me abruma,
tras el cristal se mete su silbo siseante
y en mi oído se hinca como un filo de acero.
Ya no quiero pensar, mas no sé prescindir
de este murmullo torpe sembrado de palabras
donde el tiempo articula torpemente su paso hacia el vacío
y mi desavenencia con la vida,
como ha venido haciendo en mi existencia
la pedante simpleza de mis libros:
“Consejo da razón que incumple carne”,
debiera haberme dicho yo a mí mismo severamente serio.
Mas me cegó el orgullo, como siempre,
de tener aprendida la mísera purrela de los sabios, pero no su
riqueza,
esa no la aprendí; tan a la vista estaba.

No sólo es forma el hombre en su apolínea alma,
ni se puede crear de la palabra el hombre en carne viva;
burda materia yace por pie del pensamiento,
se espuman en la sangre los conceptos
y antídoto del duelo es la mentira.

Debí darle su espacio, el que reclama ahora
cuando el dolor invade cada recinto oscuro entre mis vísceras,
al amo menos fuerte. Debí quererlo un poco
y sentir caridad por su enorme escasez .
Debí atenderlo más y ser condescendiente.
Si le hubiera prestado, de paso, una caricia, aunque fuera
comprada,
quizá hubiera aprendido, amándome lo justo,
a comprender lo ajeno sin hacer aspavientos
ni lanzar mis dictámenes tan fieros, tan seguros
hacia quien sonreía al verme tan altivo en tanta incompreensión.
Pero es la vanidad mal consejera,
como en algún lugar del Oráculo dije.
Qué vergüenza me asalta, cuando ya no hay remedio,
–también lo dejé dicho aunque otro lo firmara–
por tanto perorar sobre el discreto,
cuando yo, sin prudencia, no lo fuera.
Qué fatuo el consejero que el cuento no se aplica.
Cierra, Gracián, por Dios, tu estúpida boca.
Al menos la desdicha no salga de tu boca
y extienda más torpezas. Detente en el Moncayo,
mira sus altas nieves, envuélvete en la manta prestada y amorosa
y deja que ese cierzo te cante una canción.

No pienses que tu vida se acaba en Tarazona,
y, aunque tu cuerpo roto se vengue de tu orgullo,
perdónalo tranquilo. Date un poco de paz,
pues vas necesitando no vivir del fracaso,
acomparar el día a un frugal pasatiempo
que deje entre tus manos, *in extremis*,
el tibio laberinto de la felicidad.

DE JUANA EN SU ALBERGUE DE TORDESILLAS, A SU HIJA MENOR

Hubo un hombre quizá, hace ya tiempo,
como una tempestad cruel y oscura,
–no puede construir su rostro mi memoria–,
que abandonó en mi cuerpo,
seguramente joven por entonces,
el silencio furtivo de la nieve
y una bandada agraz de tordos tristes
picoteando hambrientos los sembrados.
Porque los siento aún hoy, sé que existieron.
Debió de ser hermoso, si el retrato
que guardo junto a mí acaso fuera el suyo.
Pero no sé su nombre. Ha cercado el olvido
la débil fortaleza del recuerdo
y nada es ya distinto de mi ser
como si el mundo
se hubiera reducido y albergado
en este saco oscuro de piel tan arrugada
que sigue siendo yo.

Algo debió ocurrir con aquel hombre.
Puede que yo lo amara ciegamente
(si es que yo fui capaz de amar en ese tiempo)
o que muriera joven, tal vez envenenado,
o que juntos viajáramos recorriendo la tierra
(no guardo del viaje, sin embargo, la imagen de algún soto,
los campos en barbecho, un puente sobre un río...).
Mas, si lo pienso bien, ¿por qué no hallo
en mis viejos baúles sus camisas de hilo,
sus calzas, sus jubones, restos de su existencia...,
los ecos de su voz en mis oídos?

En este cuarto frío y esta penumbra turbia,
no veo en torno a mí ninguna senda para salir al claro.
Y en esta habitación crece la selva, como llega la niebla
a mi ventana al comenzar diciembre
desde las aguas turbias del Duero tan oscuro.
Así me invade ahora la borrosa extensión de lo que he sido.

No me queda dolor para dolerme
ni siquiera cuidado o el contento
para saberme libre tras la puerta
que me invita, entreabierta, a salir por el foro.
Admito que mi vida aún se resiste
a abandonar espacio tan precario.
¿Adónde puedo ir sin arrastrarme
sobre el bastón de tejo que me han dado,
como una pobre vieja entontecida?
Me ofrece el mundo aquí donde he vivido siempre
un somero existir, demasiado afanado todavía
en esperar el alba tras la noche,
el trinar encendido de los pájaros que hasta mi lecho llega,
ese frugal sustento que trae alguien
(no sé cómo se llama quien me asiste);
y esperar y esperar otro crepúsculo,
la noche nuevamente que aproxima
la oscuridad callada
hasta esa otra quimera de la tumba.

Puede que fuera niña caprichosa
o moza alborotada por amores
y tuviera una madre sonriente y hasta un padre severo.
Puede ser que ocurriera lo contrario.
A lo mejor fui reina de múltiples estados
o burguesa o pastora o monja de clausura.
Hoy solamente existo en la miseria
que es el afán de ser antes que nada.

DE ESTEBAN MELÉNDEZ A SU BATILO

I

No canto la esperanza de las hojas,
Batilo, en el otoño, cuando al borde
del temporal sombrío amarillean
o la funesta helada las fustiga.
No confío en las rosas que pequeñas
en el rosal ajado desmerecen
de aquellas que hizo mayo esplendorosas.
Ni estimo los rojizos estertores
de la floresta oscura si en majuelo,
zarzal o escaramujos alardean
de un tiempo, al fin, en extinción. Acepto,
no obstante, que me embaucan todavía
—y dejo que remuevan mis defensas—
el temblor agitado de las ramas
transidas por el viento, sostenidas
en la pasión del aire, amarteladas,
y el pétalo encarnado entre la niebla
oculto como un beso clandestino.
E incluso, como una llamarada, me sorprenden
los carmesíes fieros en el frío.

Estoy donde he llegado, simplemente;
y con estar celebro que me encuentro,
y dejo que se prenda en la mirada
la ráfaga de luz estremecida;
en ella, los inútiles colores,
los tímidos detalles de las cosas,
no ya la tenue ola, su tristeza
al encerrar en sí mi inconsecuente
paseo junto al río aborascado.
Se filtran los objetos en las horas
y participan de ellas de tal modo

que llegan a alumbrar, si no consuelan
o exaltan la alegría inexplicable
del tibio golpear del corazón;
y mucho más, los rostros, donde asoman
la plácida costumbre de la vida,
la dulzura soñada del amor
o el torpe despertar de la tristeza.
Los rostros, mi Batilo, como el tuyo,
en flor de incertidumbre ya cuajado.

II

Me propongo aceptar cuanto ha ocurrido:
desde el lejano día en que me hallaron
abriéndole la puerta a mi destino
entre las piernas blandas de mi madre,
hasta el presente día tan distinto,
gastado en la agonía de noviembre
mientras afuera llueve y está triste
el interior oscuro de la sala
donde escribo estos versos para ti
en un estilo clásico y desnudo,
que nunca apreciarás. No voy a ser
ni gloria nacional ni provincial
siquiera; por lo tanto, me permito
escribir como se urden las palabras
dentro de mi dolor, y así profiero
las voces sin estampas, sin colores,
pero no sin matiz. Hasta el silencio,
más el tono menor o el simple rezo,
deja en el aire un rastro y en él suenan
las células del hombre torturadas.

No fue de pronto y al instante exacto
cuando el aire rompió tanto sosiego.

No nació en la mirada repentino
el terror a perder la paz ambigua,
el entusiasmo o la ceguera dulce.
Hubo que habituarse poco a poco,
venciendo la extrañeza y sollozando
en un ansia de sueño retraída,
en nostalgia y temblor de inexistencia.
Hubo que hacerse Ulises para el viaje
ignorando el regreso, prescindiendo
de la casa apacible donde el agua
no era marea atroz, sino un estanque
tan tibio como olvido entre los lotos.
Ítaca, pues, quedó perdida y la nada
creció desde su puerto. Sus colinas
invadieron malezas y las fieras
sus huras excavaron por el monte.
Y aquello que fue hogar se convertía
en la terrible estancia de la muerte.

III

Mas no quiero abrumarte, niño mío,
con esa pesadumbre de la vida
que a ratos muy dispersos nos deslumbra
con regalos espléndidos y raros.
Prefiero postergar la parte oscura
y embelesarme ahora con tus ojos
que acuden a mi encuentro sin malicia
y, suaves, me preguntan qué sucede
para que yo me quede embelesado.
Y no me miro en ellos, que me escondo
porque me sé rutina, desconsuelo,
y, en fin, no me imagino de otro modo
que con el viento atado a la cintura
y el vendaval tirando hasta arrancarme

del páramo que habito. Estoy cansado,
habrá más tardes dulces, soleadas.
Serán un armisticio. No dejan de
llamarse con dulzura veranillo,
más sólo abren el puente de los días
más cortos que se ceban en miseria.

Tales días me esperan, niño mío,
que apenas moverán como regato
la rueda de un molino miserable:
ya no sufro esta tos y los riñones
me van envenenando poco a poco.
Se consume la vida en el dolor,
cuando no en el afán o en negro miedo.
Acompasar la vida y el instante,
si no consuela, al menos nos defiende.
Me queda sin hacer una tarea:
la de durar contigo hasta que crezcas
para poder morir sin dejar hueco.

JOVELLANOS A JOVINO

He pisado la alfombra de las verdades netas,
he alcanzado la edad del gesto contenido, he llegado a una
cumbre

desde donde diviso turbios alrededores. La neblina
me indispone el espacio o son mis ojos secos, heridos
de soportar los vientos procedentes de amargas latitudes.
De nada sirve el juicio ante tanta sorpresa como el día
consigue acumular en mi ventana. El flujo de las cosas
en un ritmo frenético escapa de mi paso, menos rápido.
Lo que debe ser recto se torna sinuoso.

Los tiempos, las costumbres inútil para el trato me declaran.
Me cuesta concertar los hechos de la historia y cuanto veo
en este alrededor de incertidumbre que empieza a sofocarme.
Sé de mis deficiencias: mi ánimo inestable. Un incidente
provoca una tormenta, siendo mínimo, que me arrastra los días,
exánime y confuso, por un letargo oscuro, todo angustia.
Mi corazón cansado, abolido el altar de la filantropía,
me sume en desazón ante mis prójimos, que ya no sé querer.
Me falta la memoria y aquel tan optimista
sentido del futuro se ha quedado en añicos ardiendo en la
garganta.

Estimé la razón como norma de vida imprescindible
y crecí en la palabra como instrucción del mundo,
pensé que entre las dos se hacía la política que necesariamente
profesaba en la acción el culto de lo bueno
para hacer de los hombres animales felices.
Pongo todos los verbos en pasado perfecto
y nunca un adjetivo juntó tanta ironía.

¿Qué son estas pasiones que proclaman ahora? Sin gobierno
¿a qué conducirá el hombre su futuro? Y el progreso
¿no es una obligación? ¿No debe el hombre
promover las mejoras de toda circunstancia y condición?
Compruebo que el ejemplo ha perdido eficacia:
los héroes ya no existen tal como se concibieron en sus altas
virtudes.

No repiten sus hechos los poetas, son gestas olvidadas
y el patrón de conducta se ha roto como un vidrio.
Todo vale es el lema y es obsoleto todo:
el amor celebrado, la abnegación durísima,
la mansa fortaleza, la suavidad del trato, el gesto inteligente,
la palabra precisa, ese no irrefragable, si fuera necesario.
No me gusta mi tiempo:
ni la usura del viejo ni la ambición del joven:
la tozudez del uno, la violencia del otro. ¿Quién más
impertinente?

He pisado la alfombra de las verdades netas y el absurdo
se vuelve certidumbre y me cuesta trabajo sobrevivir al uso.
Mi patrimonio es solo voz cansada y ejemplos casi inválidos
para esta noche ingrata de la melancolía.
Y, aun siendo mi mirada la de un viejo,
bien sé que cualquier tiempo se parece
en su aparente cambio a cualquier otro
y que el hombre de un espejismo sufre,
al llegar a estos años, que le produce vértigo.
Alcanzada la cima, no encuentro otra ventaja
que ser socio pequeño y dócil transeúnte de la palabra ajena,
devanando los días en mi rincón villano.

DE CAMILLE DESMOULINS A SU AMIGO MAXIMILIEN

Me ha costado seguirte. Tu pureza
ya antaño era una carga para quienes
en soledad, aún niños, cebábamos la carne en el deseo.
Me ha costado seguirte, aunque te amara,
amara tu virtud, tanto entusiasmo,
la recta decisión de tu mirada...
Me ha costado seguirte y he llegado
al borde de la vida.
Mañana acabará Camille, como
el decreto que habrás firmado hoy
sin duda dictamina.
Camille el peligroso dejará de enojarte
y su palabra libre
se hundirá en el olvido para siempre
o se irá río abajo con el Sena.

Me duele despedirme. Soy demasiado joven
y estoy enamorado y, creo, no merezco,
final tan afilado. Pero, en fin,
cuando debe, se encuentra cada hombre su destino,
y yo lo tengo aquí, mirándome a los ojos.
El tiempo es como tú, querido amigo,
un compañero amado que acaba siendo infiel
Lo malo de la muerte ocurre antes,
mientras dura la vida y corre por las venas
el miedo de perderla.
Una vez producida, me temo que será
benigna en demasía
y me deje nadando en un río sin agua.

Me preocupas tú, que has hecho del poder
tu recta religión.
No puede ser el hombre tan perfecto
que arrastre, como un profeta antiguo a sus apóstoles,
al aire enrarecido de su verdad estrecha
a quien con él camina. Tu sendero
escupe soledad y desamparo.
Sus cunetas, rellenas con cadáveres,
exudan el fracaso
de un hombre que cerró todas las puertas.
La salvación del mundo exige mucho
y todo salvador impone un celo
que aguza las cuchillas.
Advierte que otro en ti
tendrá que hacerse libre con tu espada.

FEDERICO ESCRIBE EL PRELUDIO
EN RE BEMOL MAYOR
PARA AURORA EN VALDEMOSA
(Op. 28, n° 15)

Bajo esta delincuencia de los álamos
me avengo mansamente a tu cintura
como un esclavo fiel, pero indolente.
Y al cepo policial de las estrellas
caídas en tus ojos aurorales
acudo a paso dócil con cautela.

Mas amenaza el límite del labio
y el peligro de lengua descosida.
Es el otoño gris en tu mirada
quien avisa y advierte del peligro.
Es el otoño gris que hallo en tus ojos,
cercada en tu pupila mi figura.

Como no iré de vuelo a la caída,
me robarás el cuerpo en el abrazo,
pero ya no deseo, tenlo en cuenta,
la pasión de tu boca tan caliente
ni tu incansable mano buscadora
de ese signo imposible de sosiego.

Me he cargado con libras de tristeza,
me he vencido, seguro, sin consignas,
he abrasado la ruta de mis pasos
en los mansos caminos de los bosques...
Yo te dejaré hacer, sin oponerme,
aunque temo el silencio en que disipa
esa pasión la niebla por lo oscuro.

No quisiera avisarte pero temo,
y debía advertirte que mañana
ya no podré expresar tanta aventura.
Cuando el dolor su cauce haya excavado,
tendré acaso valor para decirte:
De súbito el amor abre la muerte.

CARTA DESDE MARSELLA DE JEAN-NICOLAS-ARTHUR A SU ANTIGUO AMIGO PAUL

Cuando los sauces ladren a la luna
y canten las alondras en los prados
canciones amarillas y marzales,
deshilvanando el tiempo de su canto;
cuando secos lamenten los arroyos
su destierro, letales los abismos
sus estancias oscuras; cuando en nombre
de cuantos dioses fueron nada diga
la nada y la palabra se convierta
en temblor de furtivas madre selvas;
cuando lleguen los días detenidos
y no me correspondan las auroras,
cuando el dolor conceda al sueño el límite
que agota, que derrumba, que embrutece...,
se hará, por fin, lo quieto de los montes,
la serena distancia de sus nieves,
el corazón durmiente en aquel valle
donde el silencio alcanza del olvido.

No sea de ninguno requerida
la memoria soez de un vagabundo
que recorrió las voces y los lechos
dejando en las primeras un espacio
para inundar el cielo y en los otros
las ascuas que los cielos ofuscaron
al culminar el día en su crepúsculo.

No podrán las palabras perseguirme,
de las que huí cansado a la deriva,
porque arrancaban carne de mis dedos,

porque robaban aire de mis labios,
el sonido magnífico del mundo
de la inmensa sordera de mi oído.
No llegarán allí salmos ni adioses;
por fin, olvidaré que fui poeta
y aprendiz de poeta y aun amante
terrible de poeta, que no supe
entender tanta vida en desamparo
y recluí en palabras la belleza
que no debe ser dicha, pues fenece
en el corto residuo de los signos.

Alguien verá palomas en amor
una tarde de junio complaciente
y, en su reserva oscura y escondida,
se negará a decir...,
aunque ya se haya escrito en el tejado
tantísima emoción al observarlas
que sobrarán ventanas y señales
y cielos de zafiro y altas nubes.
Alguien verá palomas sin nombrarlas
más que en su corazón naciendo el alma
en la luminiscencia de los ojos.

No estoy arrepentido de mi vida;
tan sólo me avergüenza la torpeza
que fue timón absurdo de mis actos
y sobre todos ellos, claudicando,
del acto de decir siempre hacia fuera.
El genio pretendido no exigía,
como creía el joven, de los otros
el préstamo de ojos o de oído,
el del entendimiento natural.
El genio ya existía cuando hablaban
cerebro y corazón

a la redonda soledad del tiempo
y en su charla interior hacían nido
para crecer la paz que yo negaba
y en ella prosperar como los árboles
a la orilla de un río de silencio.

ODA ÚLTIMA

¿Habremos dicho ya cuanto es decible
al hombre de este tiempo y no nos quedan
sonidos que toleren más verdad?
¿Se han hecho las palabras como rocas
o el oído de nuestros semejantes
ha cobrado dureza de tal modo
que no alcanza su pecho voz alguna?
¿O será, pues sucede a cada tiempo,
que los hombres se abisman de los otros
y rechazan los jóvenes al viejo
encerrado en achaques y proclive
a dar lección inútil de moral;
y el viejo de los jóvenes se aparta
al fin avergonzado de su fuerza
mermada por la edad ante el orgullo
de quien la decadencia desconoce?

Se me vienen encima días ácidos.
El alción ha dispuesto su nidada
y sopla del noreste un viento frío.
Me cansan las tareas de la huerta,
voy a mirar las coles y presiento
que una helada feroz las aniquila
y no me importa mucho si se pierden.
¡Ay! Del rumor del cedro perfumado,
de la mesa de pan bien abastada
me aparto con cuidado por si acaso
la larga digestión me da la tarde
o el vientecillo fresco un resfriado.
No me arropan las mantas ni la lumbre
me calienta los pies lo suficiente
y tardo en conciliar un sueño breve
que apenas me permite algún descanso.

Me quedo contemplando cada noche
la rendija de luz de luna estéril
que atraviesa el postigo mal sellado.
Peor cuando no hay luna, pues me pierdo
en confusa calígene, cobarde.

Es esta soledad del hombre viejo
a solas, en su cuerpo recluso,
la parte más doliente de la vida.
Espero que la puerta se entreabra,
no ya para salir al descampado,
sino por saludar un rostro nuevo
que dé sonrisa y aire al corazón
ahora que él se afana en detenerse.
Se han tornado las horas certidumbre
en cierta espera atroz. Mi mundo escapa
del mundo de los otros. Tengo apenas
la voz de un pajarico que me canta
desde una rama helada. Nada dice
que anuncie jubiloso la rosada.
Al aire pone el pico congelado,
con una ingenuidad que desconcierta.
Ignora de mi tedio los bostezos
y el miedo que la tarde en esa hora
de abrumada ceguera deja en mí.

Ahora que los días me reducen
y me encargan un nicho en el olvido,
ante ese Tormes terco que se empeña
en morir en el agua de otro río,
más que nunca me atengo a lo callado:
a la impávida faz de las montañas,
a la lisura triste de los lagos,
a lo sombrío oculto de los bosques,
a todo cuanto ajeno recibieron
mis ojos tenuemente

o en un salvaje abrazo de luz clara.
Así que no me humillo a la palabra
y desprecio los signos que idealizan
las artes tortuosas de la corte,
albergue sobornado por mentiras
que desdicen conductas y deseos.
Pues sólo alguna vez la que fue dicha
atestigua el dolor o la alegría,
la gracia de lo bello o lo sentido
ante la turbia oruga del amor.

Y, aunque ahora ya me hundo sin coraje
en el profundo monte de lo mudo,
deseo una caricia compañera
que dé tibieza limpia a mi piel fría,
y un silencio expresivo que en mí pose
el hálito de un tiempo amordazado.

EL VERANO AL ACECHO
(INÉDITO)

ROMERÍA

Urge mayo amapolas. La gran madre
campea entre los trigos. La acompañan
romeros y dulzainas. Sabe a tierra
esa sangre agitada de las flores.
¡Con qué calor derraman nuestra vida!

Urge mayo amapolas. Duele el aire
cargado del aroma del tomillo.
Del cinamomo azul hiera el perfume
esquivo como el beso que envenena
el cobijo secreto de la sombra.

Urge mayo amapolas, entre muerte
que adelantara heridas. Entre fuego
que desbordara el tiempo de la hierba,
el canto de los pájaros rendido
en la ferocidad del mediodía.

Y urge mayo amapolas encarnadas,
tan frágiles en mí, sin rebeldía
por el ardor futuro. Me mareo
en esta marejada de la hierba
y acaso se consumen rebosando
de puro anticiparse las espigas.

La diosa de la muerte se pasea.

DECANTACIÓN

No me alcanzan los días ¿y aún espero?
Me atrapa la celinda consumido:
su fragancia me ahoga; su blancura
invade la maleza amontonada.
No me llegan los días desbrozados:
el rumex se ha hecho fuerte, se ha extendido
como una plaga fiera renovada
la cebadilla pobre para topo
y la mostaza. Temo
la profusa invasión del arbejón,
la promiscua violencia de los cardos,
a qué altura sus pinchos,
y no hallo senda abierta.

Las malvas..., desbordadas,
intrépidas raíces resistentes
de tanta alfalfa verde...
Me abruma la maleza. No me llegan
los días desbrozando
el gordolobo fuerte, la hirsuta viborera,
el aquelarre rudo de la jara
envuelto en la quimera de su aroma.
¡Cuánto crece la broza!
Si todo fuera menta y arenaria,
si todo fuera salvia entre cantueso...
Estraga la maleza y su espesura.
Que no es todo ranúnculo amarillo,
ese botón solar hecho de nácar.
Y es tanto el crecimiento,
que ya me da en el pecho.
¡Me golpean el pecho las espigas!

ARMONÍA

Después del nazareno, el imperio del lirio
y la centáurea grave, el aciano discreto
de pétalo quebrado.
El cansancio morado sin rastro de violetas.
Expone sus racimos la flor del altramuz
de esperanza purpúrea;
la cabeza soberbia del cardo cuánto pincha.
Bajo la piel del mundo
es invasión de sangre coagulada
la despótica trampa de las flores:
cerrado en su pasión el campo entero,
rey el dolor de la extensión que habito.

Los dientes de león reclaman amarillos.
Bien pronto fue el piorno, más tarde la retama.
Temprano las pamplinas rutilantes
entresacando el jugo de la tierra,
las manchadas cunetas de morones,
un cementerio antiguo abrileando.
Sobre su luz tendida,
me ciega el áureo rubio de la primera espiga.
Me llaga todavía entre los labios
ese color jilguero, que hace canto,
y todo el sol se ceba sobre la piel eréctil
de cada candilera: la gualda guarnición
de tanta muerte súbita.

Entre amarillo y cárdeno metido,
¿acaso fuera gozo la amapola?

CONFORMACIÓN

Crece la multitud,
se agosta como hierba.
Se diría que sabe ya su paso.

Ni hay palabra que acoja el desconsuelo
ni palabra que afirme el aire de las aves.
Y yo, que vivo aquí,
¿desvelo en la sintaxis? Me desvelo:
busco un árbol que ofrezca en la corteza
las letras de algún nombre,
algún nombre que anuncie,
que añore, que celebre.

Anda la multitud ahí en la orilla
entre el cardo que ofusca,
bajo el tejo que mata. Como flores,
la nociva verdad, el duelo, el canto
en plena conjunción con los sentidos.

Anda la multitud en compañía,
merienda por los parques,
la carretera cruza transeúnte,
se abraza entre las sombras,
se añaden en la muerte. Bajo un sauce
sin eco yo me venzo
agotado de tan agosto estío.

Espero de septiembre.
Espero de los labios,
de los atardeceres y las rosas
un aire que cobije,
la teja que dé abrigo.

Entre las multitudes y mi orilla
lo anunciarán los cólquicos.
Se muere aquí la hierba y la palabra,
se muere aquí la hierba o se me muere
la discreta ficción de ser conmigo.
Se muere la palabra,
o tal vez sea yo,
la carne avecinada en tantas voces.

Ha empezado el trabajo de la broza,
he empezado el trabajo de lo yerto.
Viene el abejaruco, cava el nido;
en la hierba la alondra cría alondra.
Y hay tanta multitud...
El vuelo de las aves veo hueco,
el vuelo de las aves: yo sin ala
en la yacija oscura de los hombres.

DOS CANCIONES PARA LUISA

Primera

Has plantado las lilas y las rosas
junto al almendro viejo. Te prometen
el tibio despertar de sus aromas.

Has movido la tierra de la helada
para enhebrar las fucsias y las zinnias
en la esplendente faz de otro verano.

Has abierto ventanas y ventilas
las fosas abisales del pasado
segura de que el viento será oreo.

Las sábanas al sol tiendes desnudas
a cebarse de luz de primavera
blanqueando su azul bisbiseante.

Te escondes sin oídos, si te canto,
para que no abandonen las palabras
no ya su flor tranquila, mi silencio.

Y riegas esas varas de membrillo
recién plantadas hoy con agua tibia
para endulzar otoños menos fértiles.

Preparas la despensa del futuro,
las mermeladas suaves, la conserva...,
como si siempre fuéramos a usarlo.

Segunda

Se hace dolor el mar sólo palabra
si tiembla en la nostalgia cada ola,
morado el pensamiento ante la espuma.

Se hace dolor el viento repentino,
los aromas lejanos, las falúas
varadas en la arena como entonces.

No fue el ayer dolor y estamos solos
trazando en el recuerdo aquel diluvio
que nos mojó la piel en el abrazo.

Llegamos hasta el sur como las aves
que en la palabra duermen. Sin cobijo,
nos frotaba la tarde su ternura.

Cuando los días cálidos, cerrábamos
los besos en el tiempo, cosíamos
las voces a las barcas. En el muelle

no era dolor el viento y lo sabíamos
enredando en las velas los sentidos,
al navegar callados por la dicha.

No era dolor el mar para el futuro,
porque no conocíamos entonces
las huellas olvidadas y sus huecos.

El tiempo traga el agua en cada ola.

CONSOLACIÓN

Dejan los arces irse a la semilla,
cuando lo exige el viento, en molinillos,
y los chopos invaden fatalmente
el aire en algodones –fueran lágrimas–
que en sus ramas han sido suave celo.

¿Qué debo yo entregar: el aire a tiempo
como pago y rescate
de tanta incertidumbre?
¿He de aceptar vacía mi morada,
así como se acepta, sin un gesto,
que el viento se ha parado para siempre?

¿Ni tan siquiera un arce
de verdes renovados...?
Mi pelusa no ciega;
no irrita ni envilece.

No acogerán mis manos un regalo
para entregarle a otro.
¿Será sólo la vida
respirar, respirar...?
Y acaso..., cuando el pasto
renueve la humedad,
decirse muy bajito:
“Qué solitario estoy para los hombres”.

EXAMEN

Define margarita.

Quien deshojaba el mundo
en pétalos blanquísimos
¿sabía de sus tallos
tan duros a la hoz?

No entiende la escritura de las flores,
si es que entiende de algo la escritura
que no sea dolor en los costados
abiertos de un poeta.

Ni aquel enamorado
sabía de las flores
la pertinaz audacia en las raíces
que ocultan en invierno,
la sabia resistencia hasta morir
bajo la tierra dura de la helada:
su ángulo inocente.

Las margaritas arden consumidas
en la jaula de agosto, pero queda
su celo en un tembor oscuro y leve,
cuando la brisa arrecia. Y adelante
la margarita extiende
oculto su poder bajo el regazo
tibio del heno ya tendido. ¿Escucha
algún testigo su temblor y su angustia,
su rincón apagado,
su pelea rabiosa con la vida?

Ningún enamorado
encuentra entre esos pétalos
el sol de su deseo,
aunque busque en esquinas jubilosas.
¿Qué esperará el poeta
hallar en lo amarillo?

IMITACIÓN

Crece la salicaria ajena de su río;
y el carrizo, que oculta
los nidos de los ánades,
de tanta protección como les brinda.

Vive acechado el hombre
por el calor dañino, por la broza,
por la helada de mayo,
por la piedra que tumba la cosecha.
Y ve en todo un peligro
y una escasez en todo.

Obra la carpa ahí
sus saltos, en el río,
ignorando en lo oscuro
el sedal que le tienden.

Vive el hombre la vida
agobiando la espera:
primero cuando aprende
a sufrir el peligro,
después tendiendo ligas
con vocación de pájaro;
al final, estancando
la pasión de su río
en un presente mustio, donde atisba
la sinrazón simplona del futuro.

Si supiera imitar la salicaria
a la orilla del río, en su paciencia
¿esperaría acaso
el fresco del otoño?,
¿esperaría miedo,
si carpa en su costumbre?

CONTEMPLACIÓN

No voy a urdir la rosa
porque no está en mi mano construirla.
La vi hacerse menuda
en el rosal silvestre;
también vi escaramujos
al llegar el otoño,
y luego no vi nada.

La rosa estuvo en mí.
Mientras yo la miraba,
hicimos alma juntos.
La rosa fue en mis ojos
su ser sin existencia.
Yo le entregué su orgullo,
la discreta ficción de ser conmigo,
pero nunca haré míos
el tiempo en sus raíces,
la humedad del rocío
que le añadía el alba
ni su extinción tranquila.

Ni tan siquiera puedo
desmantelar la rosa,
desenhebrar sus pétalos, el polen,
esa maraña astuta de parásitos,
reconstruyendo así nuestros encuentros.
Tan sólo me es posible
saberme mientras miro
su fugaz esplendor, su acabamiento.

DESAFECTO

No deseo otra cosa
que sentarme a la sombra de los plátanos.
Esos olmos aún
son demasiado jóvenes
y acaso estén enfermos.
Aceptar el silencio de la fronda
sin viento. En la canícula
mirar y ver lo mismo cada instante
y hallar en mi mirada
la diferencia súbita en que existe
la fuga donde habito.

No deseo aprender a estas alturas
sino la voz pequeña
de un momento en la pérdida
y su son solitario, sin premura,
tan solo en ese espacio nivelado.

SOLICITUD

No me dejéis aquí, bajo estos sauces,
que no dan buena sombra y hay avispas,
ni me dejéis tendido entre amapolas
que acribillan de furia la mirada.

Dejadme descansar entre los fresnos,
donde crezca la grama, o cobijado
bajo los arces rubios todavía
de verdes juveniles. Sin abrojos.
Junto a los altos álamos lombardos,
donde no haya sendero.
Apartadme de higueras.
Su sombra..., ya se sabe.

Dejadme consumirme sin testigos,
arrasado en robinias o eucaliptos,
escorado en las densas madre selvas.
Cerca de la retama sí:
que me llegue su olor dulceamarillo
envuelto con la brisa.
Que el cinamomo rece
su oración de perfume.

Si me dejáis morir
(y no lo pongo en duda,
pues no contáis con útiles al caso),
pero no halláis los arces juveniles,
los álamos lombardos
ni tan siquiera fresnos,
permitid que lo verde me haga sombra.

Aunque sea ciprés.
Y suene un pozo cerca.

REALIDAD

Vamos andando agosto.
Son frescas las mañanas
y el sol, hacia la tarde,
cuela la luz en filtros de memoria.

Me siento aquí, en la orilla
de un río de recuerdos.
Son altos los carrizos;
los álamos, azules,
pero en la hoja advierto
un amarillo tenue
que barrunta otras horas.

Estoy aquí sentado junto al río.
Me ensombrece el refugio
un grupo de tarayes
y el ruido de una zuda
no incomoda a la garza.

El mundo existe en sí,
sin mi palabra.
Con ella y con el dedo lo señalo;
el corazón lo siente.
Dos fochas se pasean por el río.

PRINCIPIOS

He sucumbido al tiempo:
florece los ailantos.

Me acompaña un pinzón
a la locura.

Un incendio arrasaba
la vereda del río:
lo verde y lo amarillo
en el rescoldo.
Me acojo a la ceniza
sin comprender el humo.

Huye la calma ahora en este valle,
el cormorán se ceba en la ribera
del sol que ya declina
y la zuda es imán en la corriente.

Acaso claudicar
se hacía imprescindible:
dejarse entre la espuma...,
abandonando.

Qué sonora traición
en las sombrías hojas de los olmos.

Es aquí el corazón,
pero habrá que ampararlo en su costumbre,
que se le viene encima
el trueno del granizo.

Apenas florecieron los ailantos,
se entibia la ribera.

DECLARACIÓN

Escuchad bien ahora
el temblor de las hojas en septiembre,
el batir de las alas
de la garcilla adusta,
la brisa que resbala por el cuello
hacia ninguna parte
como el agua de lluvia.

Se supone que estoy casi tranquilo,
en esta soledad, bajo el humero,
tirado aquí en la hierba,
distráido en las hojas.

Si se escuchara bien, si acaso se escuchara...,
mas la voz es señal
donde yo no me encuentro.
Así que no habrá error.

No suscribo la paz en este trecho
en que perplejo miro
un rincón solitario en la ribera
de hierbas ya sonoras.

ADVERTENCIA

Si eliges un espacio solitario
y te sientas callado junto al río,
escondido del mundo,
de ti también a salvo...

Si frente a ti el ribazo
ofrece entre la fronda
un remanso que casi fuera espejo,
cuídate de esa imagen.

Si desde allí torcaces
zurean su grisura
esperando noviembre
y con sus tonos ácidos
se ceba tu dolor,
calcula si mereces
esperar con los grillos.

CONDICIONES

Si fuera azul el canto,
ay, si sonara azul.
Si cuando digo cielo,
se clavara en los ojos tanta altura.
Si al construir la voz,
oliera la existencia.

Pero queda silencio
en el agua del río
cuando nombro la aceña:
el grito que allí ahoga;
y no pongo la luna en los postigos
al cercar en lo oscuro su reflejo.
Al entornar la noche,
ya no estará la luna
por más que miro ahora y nombro aquí.

Si cuando aún exclamo:
¡Los árboles son verdes!,
la sombra de sus hojas me ofreciera
algún ángulo ameno.

Y sin saber vivir en el sonido
ni en la sílaba hallar
el rastro de un vencejo
ni en el suspiro al que la voz me lleva
el rasante esplendor de golondrinas...,
a qué tanto cantar
en esta oscuridad sin ruiseñor.

Donde el árbol no está, no veré el verde
que ya dejó la luz desamparada
al final del verano.

Y es que no sé vivir
un poco más allá,
donde dije que el viento...,
que la nube llevaba...

Si aprendiera a pasar,
como un magnolio,
aunque fuera a disgusto
y lejos de su mundo,
los días arrimado
a la solana dulce de la duda,
al socaire del cierzo y de la helada,
así, entre las palabras,
como una temporada junto al mar.

¡Qué falta de ignorancia
en la que vivo,
si no sé cómo hacer
para nombrar el sol
y quedar ciego!

CULPABILIDAD

He vuelto a delinquir
en la palabra,
aunque la dije a solas, retraído.
Y sin querer la noche
y acaso sin deseos
pecado cometí
contra las hojas
porque esperé la luna
por sus bordes
en ciega exaltación de los sentidos.

Me declaro culpable
de haber visto,
de haber nombrado aun,
pero donde miré
no había nada
de mí y estaba todo.
Delincuente
me aparto, como en trance,
decapitando
el mundo que transcurre
por ahí.

¿Son ecos de los astros?
¿O fueron sólo ecos de la sombra
lo que quedé en decir y acaso dije?
¿No fue lo que escuché?

Me definiendo sin ánimo ni aviso,
pero pequé de nuevo de bisoño,
y no alcancé la luna ni la nube.

Lo mejor..., resguardado,
ahora que no veo
por el camino oscuro.

Sin nadie. Cuando calle
bajo el sol enfermizo de septiembre
este runrún de pasos asustados.

Pues cuanto más se espera, menos se halla
y tanta desazón hace veneno:
nunca supe aprender de lo vivido
ni estar en la inocencia de continuo
ni tan siquiera arder.

Si fuera azul el canto, te diría...,
ay, si sonara azul, no te diría
para dejar silencio por hacer...
Sobre la grama misma, ya dejarse,
si no se sabe al fin cómo decir el sol
y quedar ciego.

SOBRE LA DESAZÓN

Y ahora, con septiembre,
se me vienen abajo las paredes
y se ríe la tinta de mi boca,
porque nada es tan sucio
como el dolor de agosto
entrando en desvarío por los suelos.

Arrastran su calor y su amargura
algunas hojas ya, madrugadoras.
Me moldeó la azuela del verano
a su antojo y, sin fuerza,
me he quedado en virutas y suspiro.
Me perforó la lezna del verano
con su agobio de ardores tormentosos
y, al igual que las hojas, voy estando
en cautiverio oscuro
sin lima ni eslabón, sin cuerpo mío.

¿De dónde las bandadas de trigueros
llegaron a mi campo carteristas?
¿Quién segó los carrizos que agitados
de no sé qué rumores encañaban?
¿Por qué se ha vuelto cuesta cada día?
Es la naturaleza tan severa
que no se halla rincón para el descanso
en este desvivir que apenas libra
un hilito de voz. Y me pregunto
de qué sirve llorar o andar cantando
querellas lastimosas, si el sosiego
tan sólo en exterminio halla su cauce.
Si el pájaro regresa desalado,
se secan los carrizos a su tiempo
y va mermando el músculo, no el ansia,

o yo me vuelvo en otro, siendo el mismo,
¿a qué decirlo aquí?

Si fuera como rumian ciertos sabios
que en la verdad estriban toda calma
y en su conocimiento ponen rumbo
hacia la paz desnuda del invierno,
la fuerza del dolor no existiría
y, sin embargo, está,
también en esta esquina.
En el saberse ser prospera el daño,
no la consolación,
en el saberse ser imperdurable.

¿Es algo más la vida que algo menos
y a quién sino a uno mismo
le concierne este pozo?
Cuando llega septiembre, ¿quedan pastos
en esta estepa y furia de los ojos,
en el recodo turbio donde, acaso,
lo que aprendimos antes merma huérfano?

Me voy a retractar en amapolas
y voy a repintar lirios absurdos
y en cajas destempladas
guardaré las violetas
como una sinfonía subversiva;
pues nunca crecerán ya los idilios
ni sonarán romanzas,
sino tan sólo el viento aturullando
las estancias ambiguas, y en las hojas

alcanzará el destino su razón
sin templanza.

Al ras de los silencios allanarse
será fuerza mayor y hacer con ello
discreta la salida
y así temer noviembres infinitos,
calladamente.

Pero ¿cómo esperar en ese miedo?
Por ello invoco aquí
la fuerza de los dioses, de los que ya sabemos
que procuran la calma y dejan por el cuerpo
aquello que mis células no saben fabricar:
la sustancia bendita de lo quieto.
Y quiero retirarme y me alargo a sus éxtasis,
a la dulzura ambigua
en que se nubla el sol y el sentimiento,
la pasión de los verdes y el canto de la alondra
que, apenas, en sordina, ya ni advierte
el verano que acecha.
Y así, poquito a poco,
practico que los ojos se me cierren
para unirme con ellos, santos dioses
en serio fabricados.
¡Dichoso Alprazolam ovaliforme,
que en laca de aluminio te sonrosas
y en pedestal de sílice te ofreces,
así deshabitado con escrúpulo
me llegaré hasta ti!

Y me responde: “¡Calla!
No conviene decir.

Hay que atarse a lo mudo,
hacerse hueco
con el rostro escondido,
sin gesto o ademán, aunque rabiando,
y menos con patético aspaviento”.
Callar. Al menos, no decir, nadando
en lúpulo la corrosiva forma
del despiste.

En el tiempo amarillo,
imagen estragada.

Rumorean
las palomas ajenas.
Nunca tanto
se agrandara el deseo;
en tan poquito
se estrechara el espacio,
cuanto íntimo el aliento.
Aguarda el estramonio
en su veneno.

Estragan
blancas sus tristes flores.
Cada cosa es ayer;
escalofrío, el mismo
de abriles enramados.

Empiezo a estar sin ser,
mas luego callaré.
Traerá, por fin, silencio
este tiempo amarillo
sin garganta,
aunque se haga señal
que no pueda arañarse en piedra dura.

Sin brío arrasará
sus cascabeles ácidos
el pájaro bufón.

Incluso los entonces
auparán el barbecho.

Todo será la angustia prometida
y en la nada hallará su alrededor.

No se encontró la llave de la escuela:
tendremos un otoño formidable.

LÍMBICO EN INVIERNO

AJUSTE

Vira el aire dorando las esquinas.
Sella la soledad el sol helado.
Corren por el silencio, sin destino,
las horas pesarosas de la tarde.

El sollozo caído de una almena
se esconde entre los cedros. Es invierno.
Y en ellos hay rumor que hiere suave
la sombra del olvido arrinconada.

Las torres y la cúpula, sin tréboles,
sin cólquicos esquivos, solitarias,
cuando la luz se encoge envilecida
anuncian ya la niebla de la nada.

En la solana quieta se consumen
los ojos, los recuerdos... Deshojados,
los álamos señalan con sus ramas
la huidiza languidez de otro verano.

Quien mira ya no sabe, sólo escucha
—y no es canción oscura lo que suena—
el disgusto apagado de los tordos
sin la inconsciente luz del ruiseñor.

Quien mira, no desmiente ni conoce,
apenas abandona en la mirada,
acaso cobijado en melodía,
cierto fulgor de dentro ya muy débil.

Ni siente que haya ahí, bajo los tejos
del último rincón, una traición,

donde la cuesta baja hasta la vega
vacía de su río, sin las huertas

que antaño fueron coles y hoy chalés,
sin los olmos gigantes del paseo
que a un bosque conducía. Lo que queda
es pura sensación de hallar olvido.

Del pájaro, feroz la soledad,
huido el canto.

NIHIL OBSTAT

Naufraga en el silencio cuanto se oye.
Quizá sea esa manta blanquecina
en cencellada triste la ceguera.

Fue la voz a las hojas en caída;
la timidez desnuda de las ramas,
al barro del camino; los remansos
del río, sus rumores, los perdidos
desmontes de los labios al decreto
del corazón callado.

¿Todavía
acuden las palabras a los turbios
latidos de las cosas? Los latidos
naufragan en silencio. Los latidos
golpean ya sin eco.
La mirada, tan sólo, va a lo visto:
la voz deja la excusa de la vida
apresada en la hilera de las letras
y abre un telón de polvo ante la nada.

Y allí se van cayendo las alondras,
el sortilegio tímido del viento,
y todas las ausencias, los otoños,
como quien cae sin brío, desfondado,
con la cadera rota.

Como quien cae, sabemos
cuándo la soledad haya su turno.

PROHIBIDO

Ahora, en la sequía, cuando se oye
la otoñal disidencia de las hojas
de amarillos contornos, en la huida,
la costra evanescente del crepúsculo,
marchito el entusiasmo, suena a hueco,
igual que el viento al arrastrar la tarde.

Se percibe un declive entre las cosas:
la soledad enjuta que los mirlos
anuncian con sus silbos y sus vuelos,
la torpeza en la flor cuyos colores
se allegan hasta el gris, se enturbian, muere
el lucido esplendor que hubo en los pétalos.

La sequía es atroz y se prohíbe
regar la carne abierta del paisaje:
¿designio de los dioses tanto ahorro
que en rayo de otra luz se afirma ahora?
En lo seco que encierra los deseos
se entiende un temporal de caracolas.

DESALOJO

A la orilla desierta del crepúsculo
la luz limita el mar y obra horizonte,
igual que el tiempo aísla los recuerdos
dejando en el vacío a los ausentes.

Por el borde espumoso de las rocas
que dividen en ríos los embates
tan negros de las aguas, se desangra
la fuerza del océano. El sonido
de la violenta ola halla su término.

Así también la voz se rompe a veces
en los escollos sordos del silencio
y queda a la intemperie del futuro,
sin puerto, sin abrigo, sin memoria,
la evanescencia noble de los signos.

SIN PALABRA

No crea simulacro el que lo dice,
ni engatusa los ojos. No construye
sorpresa con la voz. Mira tan sólo
lo que existe. Señala con palabra
más acá de los árboles sombríos.

La redención poética no libra
ni a quien dice redime, redimido
en sí mismo. No espera conocer.
No certifica nunca la existencia
que, anulada en la voz, sigue su curso
ajena del sonido proclamado.

Acaso la palabra abre callado
un diálogo ciego con los ojos
que igual se desvanece, inútil, como
la languidez actúa en las orillas
de un lago abandonado por los ríos.

¿Qué suena entonces, si en el seco sonido
se ceban otras hojas y otro cielo
encendido; y en otra certidumbre
se confunden con el piar agreste
de los pájaros que cantan y no dicen?

La voz es la pasión que queda huérfana
y en soledad cobija, lesionada,
su desazón sin causa, la hermosura
que el dolor entreabre al contemplarse
en gesto fracasado ante el silencio.

La belleza no admite comentario,
sino sólo un suspiro fascinado
que es la miga de un cuento repetido
perdida en un camino sin retorno.
Lo dicho queda solo, igual que aquel
que dice; no es un espejo torpe..., ni el eco
rumoroso del viento en los carrizos.

VANIDAD

Los sauces son los últimos resquicios
de la ansiedad que ardía en primavera.
Aprendiendo a caer, dan con sus ramas
en secreto de luz muy bien guardado,
y sus hojas, tan frágiles, desdicen
el empeño del hombre en ser eterno.

Precisamente el hombre los admira
y halla belleza en ellos: su tristeza
adorna aquellas ramas ya vencidas
y designa con lágrimas y lluvia
un duelo rumoroso que no existe.

CAÍDA

No ruedan por el aire como hojas
que en un temblor murmuran
y un ruido de papel dejan flotando.

Como la nieve caen,
caen como la nieve.
Al silencio.

Así también lo bello
se desvanece mudo.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	
<i>El manantial del desconcierto: la identidad en la poesía de Ángel Fernández Benítez</i>	7
ESPIRALES, Zamora, 1980. Ceuta, entre 1978 y 1979..	33
A LA ORILLA DEL JÚBILO (1981-1988)	45
EPISTOLIO (1994).....	53
OSCURAS EPOPEYAS. Poemas aparecidos en revistas y antologías (1994-2005)	65
LA CONDUCTA INOCENTE (1997-1998).....	81
CUADERNO DE OTOÑO (2002)	89
LA MAR INMÓVIL (2007).....	107
BLANDA LE SEA. Letras apócrifas (2010).....	135
EL VERANO AL ACECHO (Inédito)	175
SOBRE LA DESAZÓN	199
LÍMBICO EN INVIERNO.....	207

ISBN 978-84-7797-423-9



9 788477 974239



Diputación
de Salamanca

Cultura

Ediciones

www.jasalina.es/cultura